UNA CONSPIRACION

EN TIEMPO

DE LUIS XIII.

NOVELA ESCRITA

POR EL CONDE ALFREDO DE VIGNI,

y vertida al castellano

Por D. C. C. y S.

TOMO IV.

MADRID: 1839.
Imprenta calle del Amor de Dios, núm. 15.
Á CARGO DE D. J. BERNAT.

CAPITULO XXI.

EL CONFESONARIO.

Por vos, hermosura fatal
vengo á este lugar terrible.
Leroix EL FRAILE.

Tú no has podido hacer ese
voto sacrílego.
Alejandro Giraud.

Ultima fantasma que se
apareció á su amor.
Ancelot. EBRAIM.

Era el siguiente dia al de la junta en casa de Marion de Lormé. Espesa nieve cubria los techos de París y se derretia en sus calles y arroyos donde la habia á montones, deshechos por las ruedas de algunos carruages. Eran las ocho; la noche oscura y la ciudad del tumulto estaba

que os importa y dad vuelta á la iglesia por si hay algun sospechoso; puesto que no hay mas que dos centinelas, es preciso que reconozcan el campo.

—Ah! *Signor Jesu* no tener nadie á quien decir una palabra amistosa, cuando hace tanto frio. Mi pobre señora! venir á pie desde el Salaca de Nevers! Ah! *Amore qui regna amore!*

—Vamos, italiana, vuelve cara al enemigo, te repito, no quiero oir tu lengua de música.

—Ah Jesu! Grand Champ mas amable erais en la Turena cuando me hablábais de *mici occhi* negros.

—Cállate habladora. Tu italiano no sirve mas que para tiriteros, bailarines de cuerda y personas sabias.

—Ah *Italia mia!* Grand Champ, escuchadme y oireis el lenguaje de la divinidad; si fueseis un galan *nomo* como el que hizo esto para una Laura como yo.

Y se puso á cantar á media voz:

Lieti fiori é felici é ben nate erbe
che madonna pensando premer sole
Piaggia ch' ascolti sue dolci parole

é del bel piede algun vestigio serbe. (1)

El veterano estaba poco acostumbrado á la voz de una jóven y en general cuando le hablaba una muger, su tono al responder era siempre indeciso, enternecióse con la cancion italiana y retorció su bigote, que era en él señal de confusion y apuro: hizo un ruido ronco semejante á la risa, y dijo:

--Está bueno en verdad esto! recuerda el sitio de Easal; pero cállate, muchacha, no he oido aun venir al abate Quillet, y esto me dá mala espina; á no ser que haga tiempo que llegó, antes que nuestros dos jóvenes.....

Laura que tenia miedo de ir sola á la plaza de San Eustaquio, le dijo, que estaba segura de que habia entrado ya el abate y continuó:

Ombrose selve que percote il sole
che vifa co suoi raggi atte é superbe.

Hun! dijo el buen hombre, tengo los pies en la nieve, una gotera en la oreja, frio en la cabeza, la muerte en el corazon y me vienes á cantar violetas, sol, yerbas y amores! Cállate.

(1) Petrarca.

Metiéndose mas debajo de la bóveda del templo, inmóvil y pensativo, dejó caer la cabeza sobre sus manos. Laura no se atrevia ya á hablarle. Mientras su camarera habia ido á estarse con Grandchamp, la jóven y trémula María habia empujado con tímida mano el postigo de la iglesia: habia encontrado á Cinq-Mars de pie, disfrazado y aguardando con inquietud. Apenas le hubo reconocido, cuando marchó apresuradamente al templo con su máscara de terciopelo en el rostro y fue á refugiarse á un confesonario, mientras Enrique cerraba cuidadosamente la puerta de la iglesia, que ella habia abierto. Aseguróse de que no podian abrirla por fuera y vino despues á arrodillarse como de costumbre, en el lugar de la penitencia. Habiendo llegado con su criado una hora antes que ella y encontrado la puerta abierta, era señal fija y convenida de que le esperaba en el lugar acostumbrado su ayo el abate Quillet. El cuidado que él puso en evitar toda sorpresa le hizo quedarse á guardar la entrada hasta que llegára María; satisfecho de la exactitud del buen abate no quiso dejar su sitio para ir á darle las gracias. Ademas de su autoridad, era para él un segun

do padre, y le trataba sin mucha ceremonia.

La antigua parroquia de San Eustaquio estaba oscura. La luz de una lámpara perpétua y de cuatro velas de cera amarilla penetraba apenas en los nichos del piadoso edificio. En una de las capillas, la mas sombría, estaba aquel confesonario, cuya rejilla de hierro muy elevada y de planchas espesas, no dejaba ver mas que la pequeña cúpula y la cruz de madera. Allí se arrodillaron Cinq-Mars y María de Mantua, cada uno á un lado; apenas se veian pero observaron que el abate Quillet, sentado entre ambos, segun costumbre, los esperaba hacia tiempo. Al través de las verjas podian ver la sombra de su muceta. Enrique de Effiat se habia acercado lentamente; venia á fijar y á regular, por decirlo así, el resto de su vida. No iba á comparecer ante un rey, sino ante una soberana mas poderosa, ante aquella, por quién habia emprendido su inmensa obra. Iba á probar su fé y temblaba.

Se estremeció, principalmente cuando estuvo arrodillada frente de él su jóven desposada: se estremeció, porque al aspecto de aquel angel, no pudo menos de conocer toda la felicidad que podia perder: no se atrevió á hablar el primero,

y permaneció un instante contemplando su cabeza en la sombra, aquella cabeza en que estaban todas sus esperanzas. A pesar de su amor, siempre que la veia no podia preservarse de cierto miedo de haber emprendido tanto por una niña, cuya pasion era un débil reflejo de la suya, y que tal vez no habia calculado todos los sacrificios que habia él hecho: su carácter, plegado por ella á las complacencias de un cortesano, condenado á las intrigas y sinsabores de la ambicion, entregado á profundas combinaciones y criminales proyectos, á los sombríos y violentos trabajos de un conspirador. Hasta entonces en sus secretas y castas conferencias, habia ella recibido la noticia de sus adelantos en su carrera, con los trasportes de placer de un niño, pero sin apreciar la fatiga de cada uno de esos pasos que se dan hácia los honores, y preguntándole siempre sencillamente cuando era por fin condestable y cuando se casarian, como si le preguntará cuando iria al juego de caballos y si estaria bueno el tiempo. Hasta entonces se habia él sonreido á estas preguntas y aquella ignorancia disculpables á los 18 años de una jóven nacida sobre un trono y acostumbrada á grandezas naturales por, decirlo

así, en que se encontró al venir á la vida; pero en aquella ocasion reflexionó él mas seriamente sobre tal carácter y cuando al salir casi de la asamblea imponente de conspiradores representantes de todas las ordenes del reino, llegaron las primeras de ella á su oido, en que resonaban aun las varòniles voces que habian jurado emprender una vasta guerra, temió por la primera vez que aquella inocencia fuese frivolidad que alcanzase á su corazon: resolvió profundizarlo.

Oh Dios! qué miedo tengo, Enrique! dijo al entrar en el confesonario; me haceis venir sin guardias, sin carroza, tiemblo siempre que me vean mis criados al salir del palacio de Nevers. ¿Tendré que ocultarme todavia mucho tiempo como una culpable? La reina no ha quedado contenta cuando se lo he dicho, si me vuelve á hablar, será con ese tono severo que ya conoceis y que siempre me hace llorar: tengo mucho miedo.

Calló y Cinq Mars no contestó mas que con un suspiro.

—Qué! no me hablais? dijo ella.

—¿Y son esos todos vuestros temores? dijo Cinq Mars, con amargura.

¿Los debo tener mayores? oh amigo mío! En qué tono y con qué voz me hablais? Estáis incomodado porque he venido tarde?

--Demasiado pronto, señora, demasiado pronto para lo que teneis que oír, porque os veo muy agena de ello.

María afligida con el amargo y sombrio acento de su voz echó á llorar

--Ay Dios mio, qué he hecho yo, dijo ella, para que me llaméis señora y me tratéis con tal dureza?

--Ah! Tranquilizaos, repuso Cinq-Mars con la misma ironía. Vos en efecto no sois culpable; pero yo lo soy, yo solo no hacia vos, sino por vos.

--Qué mal habeis hecho? habeis ordenado la muerte de alguno? Oh! no: estoy segura de que no: vos sois tan bueno!

Y qué! dijo Cinq-Mars, no haceis vos ningun papel en mis proyectos? No os comprendi cuando me mirábais en la camara de la reina? No sé ya leer en vuestros ojos? el fuego que los animaba era de amor á Richelieu? Qué se ha hecho de aquella admiracion que prometíais al que osara decírselo todo al rey? Era todo mentira?

María se deshacia en lágrimas.

--Me hablais siempre, dijo ella, con un tono violento y no lo he merecido. Creeis que la olvido, aunque nada digo de esa espantosa conjuracion? No os parezco bastante infeliz? Necesitáis ver mis lágrimas? Ya las estais viendo. Hartas vierto en secreto. Enrique creed que si he rehuido este particular en nuestras últimas entrevistas, era por temor de saber demasiado: pienso yo en otra cosa que en otro riesgo. Y no sé yo que es por mí por quien le correis? Ah! si combatís por mí, no tengo yo tambien que sostener ataques no menos crueles? Vos, mas feliz que yo no teneis que habéroslas sino con el odio; yo tengo que luchar contra la amistad: el cardenal os opondrà hombres y armas; pero la reina, la dulce Ana de Austria, no se sirve sino de tiernos consejos de caricias y algunas veces de lágrimas.

--Tierna é invencible violencia, dijo Cinq-Mars con amargura, para que aceptéis un trono. Ya lo creo que necesitareis algunos esfuerzos contra tales seducciones! Pero antes, señora, importa absolveros de vuestros juramentos.

--Gran Dios! pues qué hay contra nosotros?

--Dios que está sobre nosotros y contra nos-

otros, replicó Enrique con voz severa; el rey me ha engañado.

El Abate se movió en el confesonario.

María esclamó:

Ya lo presentia yo: entrevia esa desgracia: soy yo quién la ha causado?

—Me ha engañado, mientras me apretaba la mano, prosiguió Cinq-Mars, me ha vendido por medio del vil José, á quien me ofrecen dar de puñaladas.

El abate hizo un movimiento de horror que medio abrió la puerta del confesonario.

Ah padre mio, nada temais, continuó el de Effiat, vuestro discípulo jamás dará tales golpes. Los que yo preparo se oirán desde lejos y los alumbrará el dia; pero me queda que cumplir mi deber sagrado; ved á vuestro hijo inmolarse delante de vos. Ah! no he vivido bastante para la felicidad pues vengo á destruirla tal vez por vuestra mano, la misma que la habia consagrado.

Abrió al hablar asi la verja que le separaba de su ayo, y éste guardando un silencio sorprendente se caló la capucha.

Devolved, dijo Cinq-Mars con voz menos fir-

me, devolved esa tumbaga nupcial á la duquesa de Mantua que no puedo conservarla hasta que me la dé otra vez, porque no soy ya aquel con quien prometió casarse.

El sacerdote cogió apresuradamente la sortija y la dió por la rejilla opuesta: esta señal de indiferencia sorprendió á Cinq-Mars.

Y que! padre mio, dijo tambien vos habeis cambiado.

Entretanto Maria no lloraba, pero alzando su voz angelical, que despertó un debil eco en el templo, como el mas dulce suspiro del órgano, dijo:

--Oh amigo mio, no esteis incomodado; no os entiendo, podemos desatar nosotros lo que acaba de juntar Dios y podria yo dejaros, cuando sé que sois infeliz? Si el rey no os ama ya, podeis al menos estar seguro de que no querrá haceros mal, puesto que no lo ha hecho ni aun al cardenal á quien nunca ha apreciado. Os creis perdido porque tal vez no ha querido separarse de su antiguo servidor? Pues bien! él volverá á ser vuestro amigo: olvidad esos conspiradores que me asustan. Si han perdido la esperanza, alabado sea Dios! con eso no tendré que temblar

por vos. Qué teneis, por qué afligiros inútilmente? La reina nos ama y somos jóvenes todavia, esperemos. El porvenir es hermoso, porque estamos unidos y seguros el uno del otro. Qué os decia el rey en Chambord? Os estuve siguiendo con los ojos! Qué triste fué para mi aquella cacería!

—Me ha vendido! os digo, respondió Cinq-Mars ¡quien lo hubiera creido al verle apretarnos la mano alternativamente á su hermano á mí y al duque de Bonillon, cuando hacia que le contásemos los menores detalles de la conspiracion hasta el dia en que se habia de prender á Richelieu en Leon, cuando señalaba el lugar de su destino (porque ellos querian su muerte, pero el recuerdo de mi padre me hizo interceder por su vida)!

Decia el rey que el dirigiria todo en Perpiñan y entre tanto José, quién ese infame espía, salía del gabinete de las Lises! Os lo diré, Maria? cuando lo supe, mi alma entera se trastornó: dudé de todo y parecióme que temblaba el centro del mundo cuando ví á la verdad abandonando el corazón de un rey. Veia hundirse todo nuestro edificio: una hora bastaba para desvanecer-

se la conspiracion, os perdia para siempre, me quedaba solo un medio y le aproveché.

--Cuál? dijo Maria.

--Tenia en mi mano el tratado de España y lo firmé.

--Cielos! rompedle.

--No está aqui ya.

--Quién lo lleva?

--Fontrailles.

--Mandadle á llamar.

Ya habrá pasado los desfiladeros de Oloron, dijo Cinq-Mars, levantándose. Todo está dispuesto en Madrid y en Sedan. Ejércitos me esperan, Maria, y Richelieu en medio de ellos. Si vacila, un solo golpe basta para hacerle caer y sois mia para siempre, sois de Cinq-Mars vencedor!

--De Cinq-Mars rebelde! dijo ella sollozando.

--Rebelde! si rebelde, pero no ya favorito. Rebelde, criminal, digno del cadalso, lo sé, esclamó el apasionado jóven arrodillándose, pero rebelde por amor, por vos á quien tengo que conquistar con la espada.

--Ah! no es mas bien un puñal, la espada que se mancha con sangre de los suyos?

--Cesad, por compasion Maria! aunque los

reyes y los guerreros me abandonaran, yo me mantendria firme en mi propósito; pero me venceria una palabra vuestra, aunque ha pasado para mí, el tiempo de reflexionar. Si: soy criminal, por eso dudo en creerme todavia digno de vos. Dejadme Maria! volved á tomar esa tumbaga.

—No me es posible, contestó ella, ya soy vuestra muger, seas lo que querais.

—Ya lo oís, padre mio, dijo Cinq-Mars, trasportado de alegria: bendecid esta segunda union que es mal leal, mas hermosa aun, que la del amor. ¡Sea mia mientras yo viva!

El abate, sin responder, abrió la puerta del confesonario, salió repentinamente y estaba ya fuera de la iglesia, antes que Cinq-Mars tuviese tiempo para seguirle.

—Dónde vais? qué teneis? esclamó.

Pero nadie parecia.

—En nombre del cielo no griteis, dijo Maria, ó soy perdida, sin duda ha oido á alguno en la iglesia. Turbado y sin responder el de Effiat se dirigió hácia los arcos y buscando en vano á su ayo corrió á una puerta que encontró cerrada, tirando de su espada dió la vuelva al templo y

al llegar á la entrada que debia guardar Grand-Champ, le llamó y escuchó.

—Soltadle ya, dijo una voz en el rincon de la calle y salieron caballos á galope.

Grandchamp! gritó Cinq-Mars.

Socórreme Enrique, querido hijo! respondió la voz del abate Quillet.

—Pues de dónde venis? Me esponeis, dijo el caballerizo mayor acercándose á él.

Y advirtió que su pobre ayo, nevando y sin sombrero no estaba para responderle.

—Malvados! asesinos! me han atado y robado, me impidieron llamar porque me taparon la boca con un pañuelo.

Grandchamp acudió por fin á este ruido frotàndose los ojos, como quien acaba de despertar.

Laura asustada corrió á la iglesia con su señora; volvieron á entrar para tranquilizar á Maria y rodearon al viejo abate.

—Los pícaros me ataron las manos como veís; eran mas de veinte y me han quitado la llave de esa puerta de la iglesia.

—Qué! ahora mismo? dijo Cinq-Mars. Y por qué os ibais?

—Irme! si hace dos horas que me tenian sujeto.

Dos horas! esclamó asustado Enrique.

Qué desgraciado soy, dijo Grandchamp, he dormido mientras peligraba mi señor! es la primera vez!—Conque ¿no estabais en el confesonario? prosiguió Cinq-Mars con ansiedad, mientras que Maria trémula se apoyaba sobre su brazo.

—Pues qué! dijo el abate no habeis visto el malvado á quien dieron mi llave?

—No! á quien? dijeron todo á un tiempo.

Al padre José, respondió el buen sacerdote.

—Huid! sois perdido! esclamó Maria.

CAPITULO XXII.

LA TEMPESTAD.

> Sopla, sopla viento de la tempestad, tú no eres tan cruel como la ingratitud del hombre, tu diente no penetra tanto porque eres invisible por fuerte que sea tu soplo. Canta, canta, haz resonar en el verde acebo. La mayor parte de los amigos son falsos, todos los amantes lo son.
>
> SHAKSPEARE.

En medio de la larga cordillera de los Pirineos que forma el almenado istmo de la península, en el centro de aquellas azules pirámides cargadas de nieve y cesped, hay un sendero abierto en el seco cauce de un torrente perpendicular, que tuerce entre las rocas, pasa por bajo de puentes de endurecida nieve, serpentea al principio para escalar las montañas

vecinas de Urdax y Oloson, y levantándose las unas sobre su desigual espalda, domina su nebulosa del cumbre, pais nuevo que tiene aun sus montes y profundidades vuelve á la derecha, deja la Francia y baja á España. Nunca llegó alli la huella del arado; apenas puede un hombre tenerse alli de pie, ha menester alpargatas para no escurrirse, á mas el herrado palo que se clava en las hendiduras de las rocas.

En los hermosos meses del estío, el pastor con su capa parda y su zamarra conduce alli ganados, cuya larga lana va barriendo el cesped. No se oye mas ruido que el de las esquilas que llevan los ganados, cuyos desiguales sonidos producen imprevistas armonías, que estraña el viagero y alegran á su silencioso pastor. Pero cuando llega el largo mes de setiembre, una sábana de nieve se desprende de la cima de los montes hasta su falda, y no respeta mas aquel sendero que algunas gargantas abiertas por los torrentes y algunas rocas de granito que sacan sus estravagantes formas, como el esqueleto de un mundo enterrado.

Entonces es cuando se ven los rebaños de cabras monteses de retorcidos cuernos, trepando

de roca en roca como si el viento les hiciera saltar y tomando posesion de su aéreo desierto. Bandadas de cuervos y de grajos voltean sin cesar los precipicios y pozos naturales, que transforman en tenebrosos palomares, mientras el oso pardo, en su retiro juega sobre la nieve con su vellosa familia invadido por las escarchas.

Pero no son estos los habitantes mas salvages y crueles que lleva alli el invierno: el contrabandista se aventura á construir una barraca en la barrera misma de la naturaleza y la hacienda, y alli entre las dos Navarras, en medio de las nieblas y de los vientos se hacen cambios ocultos y tratados desconocidos.

En aquel estrecho sendero, sobre la vertiente de la Francia, fué donde dos meses despues de las escenas que hemos visto en París se detuvieron á media noche dos viageros procedentes de España, cansados y llenos de sobresalto. Se oian tiros en las montañas.

--Bribones! cómo nos han acosado! dijo uno de ellos: ya no podia mas: á no ser por vos me hubieran cogido.

--Y aun puede que os cojan y á ese maldito

papel, si perdeis tiempo en conversacion: otro tiro hácia la roca de San Pedro del Aguila! creen que hemos tomado para Limazon; pero cuando estemos abajo verán lo contrario. Bajad, es sin duda una ronda que persigue á los contrabandistas. Bajad.

--Cómo? yo no la veo.

--No importa, bajad y tomad mi brazo.

--Sostenedme, me escurro con las botas, dijo el primer viagero, agarrándose á las puntas de las rocas para asegurarse de la solidez del terreno, antes de poner el pie.

--Vamos, vamos, dijo empujándole el otro, ved uno de esos pícaros que pasa por cima de nosotros.

En efecto, se dibujó en la nieve la sombra de un hombre con su fusil. Los dos aventureros se pararon, pasó y siguieron bajando.

--Nos cogerán! dijo el que sostenia al otro, estamos cercados. Dadme ese demonio de pergamino: con mi trage de contrabandista pasaré por tal, buscando asilo entre ellos; pero vos no tendreis recurso con vuestro vestido galoneado.

--Teneis razon, dijo su compañero, deteniéndose en la punta de una roca, y quedándose —

medio de la pendiente le dió un canuto de madera.

Se oyó un tiro, y vino silvando una bala á enterrarse en la nieve á sus pies.

Cuidado! dijo el primero: dad vuelta hácia abajo; si no, sois muerto; seguid el camino. A la izquierda del rio está Santa María: torced á la derecha, atravesais Oloron, y estais salvo y en el camino de Pau. Vamos, andad.

Diciendo esto empujó á su camarada y sin dignarse mirarlo, no queriendo subir ni bajar, siguió orizontalmente el flanco del monte agarrándose hasta á las mismas plantas con una maña como un gato montés, hasta que se halló sobre un cerro sólido, delante de una casilla de tablas al través de las que se veia una luz. Miró el aventurero al rededor de sí, como un lobo hambriento y atisbando por una rendija, vió cosas que le decidieron al parecer, pues que sin vacilar empujó la puerta que no tenia siquiera picaporte: se estremeció aquella barraca que vió estaba dividida con un biombo en dos celdas. En la primera alumbraba una vela de cera amarilla; una jóven pálida y sumamente flaca estaba acurrucada en un rincon sobre la tierra húmeda don-

de corria la nieve derretida. Cabellos negros enredados y llenos de polvo; pero muy largos caian en desórden sobre su vestido de paño burdo. La roja toca de los Pirineos cubria su cabeza y hombros: tenia los ojos bajos é hilaba en una rueca puesta á su cintura. No la distrajo la entrada de un hombre.

—Ola! *moza*! levántate y dame de beber: estoy cansado y tengo sed.

La jóven no respondió, y sin levantar los ojos continuó hilando con aplicacion.

—Oyes? dijo el estrangero dándola con el pie, vé á decir al amo que he visto ahí que venia un amigo á verle, pero dame antes de beber. Dormiré aquí.

Ella respondió sin dejar la rueca:

—Bebo la nieve que se derrite sobre la roca, ó la espuma verde que nace sobre el agua de los pantanos; pero cuando he hilado bien, me dan agua de la fuente de hierro.

Cuando duermo, pasa el frio lagarto sobre mi rostro; pero cuando he limpiado bien una mula, me echan heno, el heno está caliente, el heno es bueno, y caliente y lo pongo bajo mi pie de mármol.

—Qué historia estais contando ahí? dijo Santiago; yo no hablo de tí.

Ella prosigue:

—Me hacen sugetar á un hombre mientras le matan. Oh! cuánta sangre ha manchado mis manos! Dios se lo perdone, si es posible! Me han hecho tener su cabeza y el cubo lleno de agua encarnada! Cielos! yo que era la esposa de Dios! arrojan sus cuerpos al abismo de la nieve; pero los encuentra el buitre y alfombra su nido con sus cabellos. Ahora te estoy viendo lleno de vida; pero te veré sangriento, pálido y muerto.

El aventurero encogiéndose de hombros entró silvando y empujó la segunda puerta: encontró al hombre que habia visto por las rendijas de la cabaña; con la boina azul de los vascongados, ancha capa, sentado sobre una albarda de mulo encorbado, sobre un gran brasero de azófar, fumaba un cigarro, apurando una bota que estaba á su lado. La luz del fuego alumbraba su rostro escuálido y el cuarto, donde en guisa de asientos estaban junto al brasero varias sillas de mula. Levantó la cabeza sin descomponerse.

--Ah! Ah! Eres tú Santiago? dijo: aunque hace cuatro años que no te he visto, te reconozco no has cambiado, tunante. Siempre la misma cara de pillo: ponte ahí y bebamos un trago.

--Si, aquí me tienes otra vez; pero cómo diablos estás tú aquí? yo te suponia juez Houmain!

--Pues yo, te suponía capitan español, Santiago!

--Con efecto, lo he sido algun tiempo; pero caí prisionero, me escapé, volví á mi antiguo estado, el estado libre, al contrabando!

--Viva, viva, el *jaleo*, esclamó Houmain: nosotros los valientes, somos buenos para todo. Ah! pero..... Tú habrás pasado siempre por los otros puertos, porque no te he visto desde que volví al oficio.

--Si, si, dijo Santiago, he pasado por dónde no pasáras tú.

--Y que es lo que traes?

--Una Mercancía desconocida: mañana vendrán mis mulas.

--Es seda, cigarros ó lana?

--Luego lo sabrás amigo! dijo el espadachin; dame un trago que tengo sed.

—Toma, bebe es verdadero Valdepeñas! Qué felices somos aqui los bandoleros!

Hay jaleo jaleo! bebe que van á venir nuestros amigos.—Qué amigos? dijo Santiago.

—Bebe, no te inquietes, voy á contarte, y luego cantaremos la tirana andaluza!

El aventurero tomó un vaso é hizo como que bebia tranquilamente.

—Quién es esa harpia que he visto á tu puerta? replicó, tiene cara de muerta.

—No, no, es que está loca, bebe y te contaré!

Y sacando de su faja encarnada el largo puñal mellado como una sierra, Honmain revolvió con él la lumbre y dijo con aire grave:

—Has de saber, si no lo sabes, que allí bajo (y señalaba á la Francia) ese lobo viejo Richelieu los trae á tambor batiente!

—Ah! Ah! dijo Santiago.

—Si le llaman *el Rey del Rey*. Estás? Pero hay un jovencito que es tan fuerte como él, poco mas ó menos y que le llaman el señor Mayor. Este manda ahora mismo casi todo el ejército de Perpiñan; ha llegado hace un mes, pero el viejo está en Narbona, bien sabe lo que se

hace. En cuanto al rey, tan pronto está en una parte como en otra, ni pincha ni corta; pero mientras se decide, yo estoy por el que pincha es decir soy cardenalista; porque he corrido siempre con los asuntos de Monseñor, desde la primera vez que me ocupó hace tres años. Voy á contártelo:

El necesitaba personas de caracter y desempeño para una pequeña espedicion y me buscó para teniente-reo.

--Ah! es muy buen empleo! me lo habian dicho.

--Si, es un tráfico como el nuestro, se vende cuerda en vez de hilo; es menos honrado, porque matan con mas frecuencia: pero tambien es mas seguro; cada cosa tiene su precio.

--Es justo, dijo Santiago.

--Vedme ya puesto de toga encarnado. Le di una bebida de azufre á un buen mozo que era cura en Loudun y que estaba en un convento de monjas, como un lobo en el aprisco: quedó totalmente cocido.

--Oh! eso es una picardía, dijo Santiago riendo.

--Vamos bebe. Continuó Houmani. Te aseguro Santiago, que despues de la operacion, le vi

hecho pedazos negros, como ese carbon. Lo qué somos! asi estaremos en casa del diablo.

—No me gustan chanzas, dijo el otro con seriedad, ya sabeis que yo tengo religion.

—No digo que no. Puede ser, replicó Honmani en el mismo tono: Richelieu tambien es cardenal! Pero no importa! Pues has de saber que esto me valió 500 piastras, porque Armando Duplessis paga bien á su gente; basta decir que el dinero no es suyo; pero todos hacemos lo mismo. Entonces, á fe mia, quise invertir este dinero en nuestro negocio y me he vuelto aqui. El oficio va bien por fortuna: hay pena de muerte contra nosotros y las mercancias suben.

—Qué es lo que veo? esclamó Santiago: un relámpago en este mes?

—Si, van á comenzar las tempestades, ya ha habido dos. Estamos en medio de la nube, oyes un ruido? Pero esto no es nada, sigue bebiendo, es la una de la noche va poco mas ó menos, apuraremos el otro y asi acabaremos la noche. Te estaba diciendo que hice conocimiento con nuestro presidente, que es un perillan llamado Laubardemont. No se si le conoces.

—Si, un poco, dijo Santiago, es un avaro, pero no le hace, sigue:

—Pues bien! como nada reservábamos el uno del otro, le comuniqué mis proyectos de comercio y le recomendé se acordase de su compañero de tribunal cuando se ofreciese ocasion de buenos negocios.

Por cierto que no me ha faltado, no tengo de que quejarme.

—Ahi dijo Santiago y qué ha hecho?

—Lo primero traerme aqui hace dos años su sobrina que has visto á la puerta.

—Su sobrina, dijo Santiago levantándose y la tratas como á una esclava? demonio!

—Anda, bebe, continuó Honmani atizando la lumbre con su puñal. El lo ha querido. Sientate.

Santiago se volvió á sentar.

—Creo prosiguió el contrabandista, que ni aun hubiera llevado á mal que la hubiese... Tu me entiendes. Mejor hubiera querido saber que estaba bajo la nieve que encima; pero no queria él hacerlo porque es buen pariente, como el dice.

—Y como sé yo, dijo el recien venido; pero sigue.

—Claro es, que un hombre como él, que vive en la corte, no gusta de tener consigo una sobrina loca. Es muy sencillo, si yo hubiera continuado tambien mi papel de togado, hubiera hecho lo mismo. Pero aqui no hacemos farsas como ves y la he tomado por criada; se ha portado mejor de lo que yo hubiera creido, aunque casi nunca ha dicho más que una palabra, y se hizo al principio la delicada; pero ahora limpia una mula como un mozo; tiene un poco de calentura hace algunos dias, pero se le quitará de un modo ú otro.—Ah...! No le digas á Laubar-demont, que vive aun, creeria que la he conservado para criada, por economía.

—Pues qué? está él aqui? esclamó Santiago.

—Anda, bebe! replicó el flemático Houmain, dándole el ejemplo, y comenzando á cerrar los ojos con aire tierno; es el segundo negocio que tengo con el buen Lombard dimon, demonio, ó como tú quieras. Lo quiero como á mis ojos y deseo que bebamos á su salud; este vinillo de Tarancon, es vino del difunto rey Enrique. Qué bien estamos aqui! España á la mano derecha,

Francia á la izquierda, entre la bota y la botella! Todo lo he abandonado por ella.

Hizo saltar el cuello á una de vino blanco. Despues de haber echado buenos tragos, continuó mientras el estrangero le devoraba con los ojos.

—Sí, aqui está; algo frios debe tener ya los pies, porque está corriendo por la montaña desde que anocheció, con guardias suyos y compañeros nuestros, es decir, bandoleros, verdaderos contrabandistas.

—Y por qué corren? dijo Santiago.

—Eso es lo gracioso, replicó el borracho; para coger dos pícaros que quieren traer aqui sesenta mil soldados españoles, en papel dentro de su bolsilló; tu no entenderás de esto una palabra eh? Pues lo que oyes, dentro de su bolsillo.

—Si, lo entiendo, dijo Santiago, echando mano á su puñal y mirando á la puerta.

—Pues bien, hijo del diablo, vamos á cantar la tirana; toma tu botellla, tira el cigarro y canta. A estas palabras pusose el huesped á cantar en español, interrumpiendo sus cantos con buenos tragos, mientras que Santiago sentado

le miraba con ojos sombríos á la luz del fuego y meditaba qué habia de hacer.

Yo que soy contrabandista
Y campo por mi respeto;
A todos los desafio
Que á ninguno tengo miedo.
Ay, ay, jaleo, muchachas
¿Quién me compra hilo negro?

La luz de un relámpago entró y lleno el cuarto de olor de azufre, se oyó despues un espantoso trueno: tembló la cabaña y se cayó un madero por la parte de afuera.

--Eh! que se va la casa! gritó el bebedor, el diablo anda aqui, no vienen los amigos?

--Cantemos, dijo Santiago acercando á Houmain el albardon en que estaba sentado. Volvió éste á beber y continuò:

Mi caballo está cansado
Y yo me marcho corriendo,
Que ya se acerca la ronda
Y comienza el tiroteo.
Ven acá, caballo mio,
Sácame de aqueste riesgo
Que buena racion te espera,
Caballo mio Careto.

Ay, ay, jaleo, muchachas,
¿Quién me compra hilo negro?

Al acabar, sintió estremecerse su asiento y cayó á tierra; Santiago viéndose libre, se adelantaba á la puerta cuando esta se abrió y se encontró con la cara pálida y helada de la loca. Retrocedió.—El juez! dijo ella al entrar y cayó tendida sobre la fria tierra.

Santiago habia pasado ya por cima de ella un pie, pero apareció otra cara lívida y sorprendida: la de un hombre de gran talla cubierto con una capa llena de nieve. Retrocedió mas y se rió de horror y de rabia. Era Laubardemont, seguido de gente armada; ambos se miraron.

—Calla! Co.... m.... pa.... ñe... ro, dijo Houmain levantándose con dificultad, eres por ventura realista?

—Pero cuando vió aquellos dos hombres que parecian petrificados el uno por el otro, él tambien calló convencido de su embriaguez y se acercó dando traspieses, para levantar la loca que yacia tendida entre el juez y el capitan. El primero tomó la palabra.

—No sois vos el que ibamos persiguiendo hace poco?

—El es! dijeron á una vos las gentes de su comitiva, el otro se escapó.

—Retrocedió Santiago hasta las tablas que formaban el débil tabique de la casa; envolviéndose en su capa, como un oso arrimado á un arbol por una jarcia numerosa y queriendo asegurarse despues de un momento de reflexion, respondió con fuerte voz:

—El primero que pase de esa lumbre y del cuerpo de esa jóven, es muerto!

Y sacó un largo puñal de debajo de la capa. En aquel momento Houmain arrodillado volvió la cabeza de la jóven: sus ojos estaban cerrados; la acercó al fuego, cuya luz le alumbró.

—Gran Dios! esclamó Laubardemont sobrecogido de espanto! Juana, todavia ...

—No tengais cuidado. S....eñor, dijo Houmain tratando de abrir los largos párpados negros que se le cerraban, y de lavantar la cabeza que se le caia como un lino mojado; no tenga cui.. .. dao.... nos incomodeis, está muerta, muy muerta. Puso Santiago el pie sobre aquel cuerpo como sóbre una barrera, é inclinándo-

se con una risa feroz hácia Laubardemont, le dijo en voz baja.

Contesano, déjame pasar y no te comprometeré, no diré que fué tu sobrina, y que yo soy tu hijo.

Laubardemont reflexionó, miró á sus gentes que le rodeaban con las carabinas montadas y haciéndoles señal de retirarse, algunos pasos respondió en voz baja.

—Dame el tratado y pasarás.

Mírale en mi faja; pero si le tocas te llamaré padre en voz alta. Qué dirá entonces tu señor?

—Dámele y te perdonaré la vida.

—Déjame pasar, y te perdonaré yo á tí el habérmela dado.

—Siempre el mismo salteador!

—Sí, asesino.

—Qué te importa que conspire un jóven? dijo el juez.

—Qué te importa que reine un viejo? respondió el otro.

—Dame ese papel que he jurado tener.

—Déjamele, que yo he jurado llevarle.

Cuál puede ser tu juramento y tu Dios? dijo Laubardemont.

Y el tuyo, replicó Santiago, el crucifijo del puñal.

Pero levantándose entre ambos Honmain, viendo y sin poderse tener, dijo al juez dándole en el hombro.

Mucho tiempo gastais en esplicaros a...migo, le conocíais de antes? Es un buen muchcho.

—Yo no, esclamó Laubardemout, jamás le he visto.

En este instante, Santiago á quien protegian la embriaguez y lo pequeño de la habitacion se lanzó contra las débiles tablas que formaban la pared, rompió dos de una patada y escapó por el agugero que hizo. Toda aquella parte de la choza se estropeó, tembló toda ella y el viento comenzó á entrar con violencia.

—Demonio! Demonio! dónde vás? esclamó el contrabandista me derribas la casa y ese es el lado del rio.

Acercáronse todos con precaucion, arrancaron las tablas que quedaban y se inclinaron hácia el abismo. Contemplaron un espectáculo estraño: la tempestad estaba en toda su fuerza: ni menos relámpagos se cruzaban de los cuatro puntos del orizonte y tan pronto se sucedian

sus fuegos que no distinguiéndose intervalos parecian inmóviles y duraderos: solo se alejaba de repente la alumbrada bóveda y despues volvia con sus constantes luces. Los dilatados picos y las emblanquecidas rocas, se reflejaban sobre aquel fondo rojo, como trozos de mármol sobre una cúpula de bronce ardiendo y figurando en medio de las escarchas los prodigios del volcan, las aguas saltadoras como llamas corrian las nieves como una lava deslumbradora.

Entre ellas forcejeaba un hombre y sus esfuerzos le hacian meterse mas en el abismo líquido, sus rodillas no se veian ya, en vano se asia de un enorme témpano piramidal y transparente que hacian brillar los relámpagos como una roca de cristal: se iba deshaciendo por su base, y se escurria por la pendiente de la roca. Se oia bajo la nieve pedazos de granito que se tropezaban al caer en aquellas inmensas profundidades. Sin embargo, todavía hubieran podido salvarle, apenas distaba cuatro pies de Laubordemont.

—Que me hundo! esclamó, èchame algo á que agarrarme y tendrás el tratado.

—Dámele, y te alargaré este mosquete.

—Ahí vá, dijo el espadachin, ya que el diablo está por Richielèu. Y soltando de una mano su resbaladizo apoyo tiró á la cabaña un rollo de papeles. Laubardemont entró precipitándose sobre el tratado como un lobo sobre su presa.

En vano habia estendido Santiago su brazo, se le vió escurrirse lentamente con el temperano enorme que se desprendia en pos de él sepultarse sin ruido en las nieves.

—Maldicion! me has engañado! esclamó; pero no me han cojido el tratado..... yo te le dí.... lo oyes padre mio!

Desapareció bajo la blanca y espesa nieve en su lugar no se vió mas que aquella nieve que surcaba el rayo apagándose en ella, no se oyó mas que los truenos y las aguas que caian contra las rocas, porque los hombres agrupados en torno del cadáver de un malvado, en la cabaña desbaratada callaban helados de horror y temian viniese Dios á dirigir el rayo. (1)

---

(1) Vivió y murió con salteadores. No es este un castigo divino en la familia de este juez para espiar en cierto modo la muerte cruel de aquel pobre *Graudier* cuya sangre pide venganza?

(*Patin carta 65, 22 de diciembre de 1651.*)

CAPITULO XXIII.

LA AUSENCIA.

La ausencia es el mayor de los males ¡pero no para vos, cruel!

La Fontaine.

Quién no se ha embelesado alguna vez siguiendo con la vista las nubes del cielo? ¿quién nó ha envidiado la libertad de sus viages por medio de los aires era cuando amontonadas en masa por los vientos y coloradas por el sol se adelantan apaciblemente como una escuadra de navios de dorada proa, ora cuando divididas en pequeños grupos huyen ligeras y tendidas como aves de paso: transparentes como grandes opalos desprendidos del tesoro de los cielos ó bien

de deslumbradora blancura como las nieves de los montes que arrebatan los vientos en sus alas? El hombre es un viagero lento que envidia á esos veloces pasageros: menos veloces que su imaginacion han visto sin embargo en un solo dia todos los lugares que ama por el recuerdo ó la esperanza: los que fueron testigos de su felicidad ó de sus penas y aquellos hermosos, paises que no conoce y en que espera encontrar todo á la vez. No hay un rincon en la tierra una roca salvage ni una árida llanura, por donde pasamos con indiferencia, que la haya consagrado algun hombre y que no se pinte en su memoria, porque semejantes á navios desmantelados antes de llegar al infalible naufragio dejamos una astilla en cada escollo.

A dónde van las nubes azules y sombrías de esa tempestad de los Pirineos? El abrigo las impele ante sí con su aliento abrasado vuelan, se mueven sobre sí mismas con estruendo, despiden relámpagos que les sirven de antorcha y dejan en pos de sí un reguero de lluvia como una túnica vaporosa. Desprendidas de los desfiladeros de rocas que habian detenido momentáneamente su caricia, riegan en el Bearn el

pintoresco patrimonio de Enrique IV, en Quiena las conquistas de Carlos VII, en la Saintonge Poitou y Turena, las de Carlos V y Felipe Augusto y dirigiéndose por fin á los antiguos estados de Hugo Capeto se paran murmurando sobre las torres de San Jerman.

—Señora, dijo Maria de Mantúa, á la reina, veis qué tempestad viene del medio dia?

—Con mucha frecuencia mirais hácia ese lado, querida, respondió Ana de Austria apoyada en su balcon.

—Es el del sol, señora.

—Y el de las tempestades, dijo la reina, ya lo veis creed en mi amistad, hija mia, esas nubes nada han podido ver que sea bueno para vos. Mejor quisiera veros volver los ojos, hácia la parte de Polonia. Que hermoso pueblo podriais mandar.

En este momento, huyendo de la lluvia que comenzaba, pasaba ràpidamente el príncipe Palatino bajo las ventanas de la reina con una numerosa comitiva de jóvenes polacos á caballo: sus chupas turcas, con botones de esmeraldas y rubís y las plumas de sus caballos les hacian brillar sobremanera. Se detuvieron un instante

y el príncipe saludó dos veces, mientras el ligero animal que montaba iba paso de costado dando siempre la cara á la princesa: encabritándose y relinchando agitaba las crines de su cuello y parecia saludar poniendo la cabeza entre las manos. Todo el séquito ejecutó al pasar la misma evolucion. La princesa Maria se habia echado hácia atras al principio, porque no distinguiesen las lágrimas de sus ojos; pero este espectáculo brillante y lisongero la hizo volver al balcon, y no pudo menos de esclamar:

¡Con qué gracia monta el Palatino ese lindo caballo! Parece que no lo piensa.

Sonrióse la Reina.

El piensa en lo que sería mañana su Reina, quisiera hacer una señal con su cabeza, y se dignára echar una mirada de sus grandes ojos negros sobre un trono, en vez de acoger siempre á esos pobres estrangeros con ese airecillo sério, y haciendo un moluci como el de ahora.

Diciendo esto, daba Ana de Austria un golpecito con el abanico en los labios de Maria que no pudo menos de reirse tambien; pero bajó al punto la cabeza y se recojió para continuar en su tristeza que comenzaba á desvanecerse.

Hasta hubo de recurrir á contemplar las nubes que se mecian sobre el castillo.

—Pobre niña! continuó la reina; tu haces cuanto puedes para ser fiel y seguir la melancolía de tu novela: te dañas no durmiendo por llorar y comiendo á la mesa; pasas la noche cavilando ó escribiendo, pero nada conseguirás sino enflaquecer, perder de tu belleza y no ser reina. Tu Cinq-Mars es un ambicioso suelo que está perdido.

Viendo á Maria ocultar su cabeza en el pañuelo para llorar mas, Ana de Austria se volvió á entrar un momento en su càmara dejàndola al balcon y fingiendo buscar unas joyas en su tocador, vino otra vez á ponerse á la ventana. Maria estaba mas tranquila, y miraba tristemente la campiña, las cortinas del orizonte y la tempestad que poco á poco se estendia.

La reina replicó con un tono mas grave.

—Dios ha sido mas bondadoso con vos, de lo que acaso mereciais, Maria: os ha salvado de un gran riesgo; habeis querido hacer grandes sacrificios, pero felizmente no se han realizado como creiais. La inocencia os ha salvado del amor; estais como, quien creyendo haberse dado un

veneno mortal, hubiese tomado solo agua pura y sin riesgo.

--Señora! qué quereis decir? No soy bastante desgraciada?

—No me interrumpais, dijo la reina, vais á ver con otros ojos vuestra posicion actual. No quiero acusaros de ingrata para con el cardenal, demasiadas razones tengo para no amarle, y hasta he visto nacer la conjuracion. Sin embargo, querida mia, pudiérais acordaros de de que contra el parecer de la Reina Madre y de la córte, él solo en Francia se decidió por la guerra del ducado de Mantua, que arrancó al imperio y á la España, y se lo dió al duque de Nevers vuestro padre: aqui en este mismo alcazar de San German se firmó el tratado que destruia al duque de Guastalla (1). Erais entonces muy niña: sin embargo, lo habreis oido contar. Pero aquí que un jóven de 22 años solo por amor (lo quiero creer como vos) está para hacerla asesinar.

--Oh! Señora! el es incapáz de tal crimen! os juro que él no ha querido...

---

(1) El 19 de mayo de 1632.

—María, os he suplicado me dejarais hablar: sé que es generoso y leal; quiero creer que contra lo que se usa en nuestro tiempo tenga bastante moderacion para no llegar al estremo de matar á un viejo como ha hecho el caballero de Quisa. Pero ¿será parte á impedirlo si lo llega á coger á viva fuerza? Tanto podemos saber en esto como él! El porvenir, solo Dios. Al menos el está cierto de que por vos le atacan y de que por derrocarle se prepara la guerra civil que quizá estallá sin fruto mientras hablamos. Cualquiera que sea el rumbo que tome, no puede menos de hacer daño, porque *Monsiur* vá á abandonar la conspiracion.

—Qué, señora?

—Escuchadme os digo, lo sé de cierto, no necesito esplicarme mas. Qué hará el caballerizo mayor? El rey lo ha pensado bien y ha ido á consultar al cardenal. Consultarle, es ceder; pero el tratado de España se firmó: si se descubre qué hará solo el caballero Ciuq Mars?, No tembleis, le salvaremos, salvaremos su vida os lo prometo, aun es tiempo, espero que.....

—Ah, señora! *esperais!...* soy perdida, esclamó María ya medio desmayada.

—Sentémonos, dijo la reina, y colocándose junto á Maria, á la entrada de la cámara, prosiguió.

Sin duda, *Monsiur* hablará por todos los conjurados, cuando habla por sí; pero su menor castigo será un destierro perpétuo. Ved aquí, pues, á la duquesa de Nevers y de Mántua, la Princesa Maria de Gonzaga, muger de Enrique Effiat, Marqués de Cinq-Mars desterrado.

—Pues bien, señora! le siguiré al destierro, tal es mi deber, soy su esposa... esclamó Maria sollozando; ojalá estuviera allí ya; pero en seguridad.

—Sueños de diez y ocho años! dijo la reina sosteniendo á Maria. Despertad, hija despertad, es preciso: no negaré sus cualidades á Cinq-Mars; tiene gran carácter, buen talento, valor, pero no puede ser nada para vos y felizmente no soy ni su muger, ni aun su desposada.

—Soy suya señora, de él solo...

—Pero sin bendicion, replicó Ana de Austria, sin matrimonio; ningun sacerdote se hubiera atrevido, ni aun el vuestro lo ha hecho, me lo ha dicho. Callad, añadió, poniendo sus dos hermosas manos en la boca de Maria.

Callad: vais á decirme que Dios oyó vuestros juramentos, que no podeis vivir sin él, que vuestra suerte es inseparable y que la muerte solo puede romper vuestra union: espresiones de vuestra edad, deliciosas quimeras de un momento de qne os reis un dia feliz, para despues llorarlas, toda vuestra vida. De todas esas jóvenes tan brillantes que vés en torno mio en medio de la corte, no hay una que no haya tenido á tu edad un sueño de amor como el vuestro, que no haya formado lazos que creia indisolubles y no haya hecho en secreto juramentos eternos. Pues bien, esos sueños han desaparecido, se han roto esos nudos y esos juramentos se han olvidado y sin embargo, las veis mugeres y madres felices; y rodeadas de los honores de su rango, vienen todas las noches á reir y á bailar. Adivino lo que me vais decir. Ellas no amaban tanto como vos, no es verdad? Pues os engañais, hija mia, amaban tanto y no lloraban menos. Pero ya os debo descubrir ese gran misterio que causa vuestra desesperacion, porque ignorarais el mal que os devora. Nuestra existencia es doble, amiga mia, nuestra vida interior, la de nuestros sentimientos labra en nosotras con violencia, mientras que

la esterior nos domina á pesar nuestro; nunca se está independiente de los hombres, mucho menos en una condicion elevada. Cuando está una sola se cree dueña de su destino; pero habiendo tres personas ya, nos devuelven las cadenas recordándonos el rango y esplendor que nos rodea. Qué digo! aunque esteis en vuestro cuarto entregada á todas las reflexiones nobles y estraordinarias, á todos los maravillosos sacrificios que os arranquen las pasiones, bastará que llegue un lacayo á pediros órdenes, para romper el encanto y restituiros á vuestra existencia real. Ese combate entre la posicion y los proyectos, es el que os mata: no estais satisfecha de vos misma: os haceis amargas reflexiones.

María volvió la cabeza.

—Si, os creí muy criminal. Perdonad, María, todos los hombres son séres tan relativos y dependientes unos de otros, que no sé si las abstracciones que vemos hacen del mundo algunas veces, las hacen para el mismo mundo: la desesperacion tiene su cálculo, y la soledad su coqueteria. Dicen que los mas sombríos hermitaños no han podido menos de preguntar qué se decia de ellos. Esta necesidad de la opinion ge-

neral, es un bien, en cuanto combate casi siempre victoriosa el desarreglo de nuestra imaginacion y viene al auxilio de los deberes que se olvidan con facilidad. Al conformarse con la suerte, tal como es, despues del sacrificio del que le estraviaba la razon; se esperimenta (como vereis) la satisfaccion de un desterrado que vuelve al seno de su familia y de un enfermo que vé la luz y el sol, despues de una noche turbada por el recargo. El sentimiento de un ser vuelto, por decirlo asi, à su estado natural es el que dá la calma que veis á muchos ojos que han vertido tambien lágrimas; porque no hay mugeres que no hayan pasado por eso mismo. Os juzgais, perjura, renunciando á Cinq-Mars? Nada os liga á él, estais mas libre habiendo reusado mas de dos años las manos reales que se os han presentado; y que ha hecho despues de todo, ese amante tan apasionado? El rey le ha elevado para llegar á vos; pero la ambicion que os parecerá ha ayudado al amor, no pudiera ser la ayudada por este? Ese jóven me parece muy profundo muy sereno en sus astucias diplomáticas, muy independiente en sus bastas resoluciones y en sus monstruosas empresas para que le crea ocupada

solo de su ternura. Qué diríais sino hubiérais sido mas que un medio en lugar de ser un fin.

—Lo amaria sin embargo, respondió Maria mientras el viva seré suya, Señora.

Y mientras yo viva, me opondré, dijo la Reina con firmeza.

A estas últimas palabras granizaba y llovia en el balcon con violencia. Se aprovechó la reina de este motivo para entrar en su cámara donde la esperaban la duquesa de Chevreuse, Mazarin, Mad. de Guimené y el príncipe Palatino. La reina se adelantó á ellos y María se colocó á la sombra de una colgadura para que no notasen que habia llorado. Al principio no quiso mezclarse en la conversacion demasiado festiva, sin embargo, algunas palabras llamaron su atencion. La reina enseñaba á la princesa Guimené los diamantes que acaba de recibir de París.

—Esta corona no me pertenece á mi, porque el rey la ha destinado para la futura reina de Polonia, que no sabe quien será.

Despues volviendo hácia el príncipe Palatino.

Os hemos visto pasar, príncipe: ¿á donde ibais?

--A casa de mi duquesita de Rolian, respondió el polaco.

El sagaz Masarin que todo lo aprovechaba para adivinar secretos y hacerse de el necesario por medio de confianzas arrancadas, dijo acercándose á la reina.

--No viene esto mal con lo que estábamos hablando de la corona de Polonia.

Maria que escuchaba no pudo soportar esta alusion y dijo á la señora de Grimené que estaba á su lado.

--Pues qué? es Mr. de Chavot rey de Polonia? Oyólo la reina y se alegró de este ligero movimiento de orgullo. Para desarrollar su germen aparentó aprobar la conversacion que siguió animada por ella.

La princesa de Guimené repuso:

--Parece increible semejante matrimonio! No hay quien se lo quite de la cabeza. ¡Casarse con un hidalgo nada mas esa señorita de Rohan á quien todos vimos tan orgullosos despreciar al conde de Soisfon y á los duques de Weimar y de Nemours. En verdad, que es mucha la tema! Dios sabe donde iremos á parar.

Mazarin añadió con tono equívoco:

—Pero, ¿es de veras? amar! en la córte! un amor verdadero! profundo! ¿Se puede creer?

Entretanto la reina continuaba entreteniéndose con la nueva corona.

—Los diamantes no sientan bien sino al cabello negro, dijo á ver en vuestra frente?

María.... Os está divinamente.

—Parece hecha, para la princesa, dijo el Cardenal.

—Daria toda mi sangre porque quedase en esa cabeza, dijo el Palatino.

María dejó ver á través de las lágrimas que tenia aun en las megillas, una sonrisa involuntaria y pueril, como un rayo de sol entre la lluvia, despues sobrecogida de un escesivo rubor, se marchó hácia su cuarto.

Echáronse á reir: la reina la seguia con la vista, se sonrió, dió á besar su mano al embajador polaco y se retiró para escribir una carta.

CAPITULO XXIV.

EL TRABAJO.

> Poca esperanza debian tener los pobres y gente baja en este mundo pues que tanto sufrió y trabajó un rey tan grande.
>
> FELIPE DE COMINES.

Una noche, pasaba delante de Perpiñan una cosa rara. Eran las diez y todos dormian. Las operaciones lentas y casi suspendidas del sitio, habian aletargado el campo y la ciudad. Los españoles se ocupaban poco de los franceses y todas las comunicaciones con Cataluña estaban libres como en tiempo de paz; en el ejército fran-

eés todos los ánimos estaban agitados de aquella inquietud secreta que presagia grandes acontecimientos. Sin embargo todo estaba tranquilo al parecer: no se oia mas que el compasado ruido de los centinelas, ni se veia en la noche oscura mas que la roja luz de la humeante mecha de sus fusiles, cuando de repente las trompetas de los mosqueteros y jendarmes tocaron al mismo tiempo *botar sillas y á caballo*. Todos los faccionarios gritaron á las armas y se vió á los sargentos recorrer antorcha en mano, todas las tiendas para despertar á los soldados, formarlos y contarlos. Muchos pelotones caminaban en sombrio silencio, circulaban por las calles del campo é iban á ocupar su lugar de batalla: se oia el ruido de las pesadas botas y el trote de los escuadrones anuncios de que la caballería tomaba las mismas disposiciones. Despues de media hora de movimiento cesó el ruido, apagáronse las antorchas y todo volvió á la calma: el ejército estaba ya de pie.

Una de las últimas tiendas del campo brillaba como una estrella á causa de las luces que dentro habia. En su tela se dibujaban dos sombras que iban y venian. Muchos hombres à ca-

bailo esperaban fuera y dentro se hallaban Thou y Cinq-Mars.

El piadoso, el sábio de Thou estaba armado para la rebelion. Las faltas de un amigo son contagiosas; primero habia combatido sus proyectos como hemos visto; pero la costumbre de discutirlos familiarmente se los habia hecho menos odiosos, su desprecio por los vicios del primer ministro, su indignacion por la esclavitud de los parlamentos á que pertenecia su familia, los nombres poderosos y sobre todo los nobles caracteres de los personages que dirigian la empresa todo habia dulcificado la impresion primera que habia producido aquel proyecto en su generoso corazon. Desde el casual acontecimiento que le habia comprometido en casa de Marion de Lorme entre los conjurados se consideraba unido á ellos por el honor y mas que todo, los riesgos de su amigo le arrastraban en su torbellino como á un amante invencible y se habia lanzado á ciegas en aquella empresa que rechazó desde un principio. Asi es como los detalles de un pensamiento culpable, se reconcilian con él.

El caballerizo mayor estaba puesto de cora-

za armado y calzado de anchas botas. Sobre su mesa y entre dos luces habia una carabina con su mecha encendida y un pesado relój en su caja de cobre, delante de la carabina. Thou envuelto en una negra capa estaba inmóvil con los brazos cruzados; Cinq-Mars, se paseaba con las manos unidas por detras mirando de cuando en cuando la manecillla demasiado lenta para su deseo; entreabrió su tienda, miró al cielo, volvió á dentro.

— No descubro mi estrella en el cielo, dijo, pero no importa! está aqui, está en mi corazon.

— Es oscura la noche, dijo Thou!

— Decid que se adelante el dia. Ya viene, ya se acerca. Dentro de veinte minutos estará concluido. Para comenzar solo espera el ejército que se dispare esa carabina.

Tenia Thou en la mano un crucifijo de márfil y dirigia á éste sus miradas unas veces, y otras al cielo.

Llega la hora, decia, de consumar el sacrificio: no me arrepiento; pero cuán amarga es á mis labios la copa del pecado! Habia consagrado mi vida á la inocencia y á las tareas del alma y estoy á punto de cometer un crímen y de empuñar la espada!

Pero asiendo con fuerza la mano de Cinq-Mars.

--Por vos, añadió con la inspiracion de una alma ciegamente decidida, aplaudo mis errores, si redundan en gloria vuestra, en mi culpa no miro mas que vuestro bien. Perdonadme que haya vuelto un momento á las ideas habituales de toda mi vida.

Mirábale fijamente Cinq-Mars y una lágrima corrió por sus megillas.

--Virtuoso amigo! dijo, ojala que vuestra culpa caiga solo sobre mi cabeza. Pero esperemos sea con nosotros Dios que perdona á los que le aman pues somos criminales yo por el amor y vos por la amistad.

Pero mirando el relox de repente, tomó la carabina en su mano y contempló con aire feroz la mecha que humeaba. Caianle sobre el rostro sus largos cabellos como la melena de un leon.

--No te consumas, esclamó, arde despacio! Vas á levantar un incendio que no podrán apagar todas las olas del oceano: tu llama va á alumbrar bien pronto la mitad de un mundo y quizá vaya hasta las gradas de los tronos. Arde des-

pacio, preciosa llama: violentos y temibles son los aires que te van à atizar el amor y el odio. Consérvate, tu esplosion va á resonar á lo lejos y hallarà eco en la choza del pobre y en el palacio del rey. Arde, arde, pasagera llama, tu eres para mi el cetro y el rayo!

De Thou decia en voz baja á su cruz de marfil.

—Perdonadnos, señor, la sangre que se derrame: combatiremos contra el malvado y el impío.

Despues levantando la voz:

—Amigo, dijo, la causa de la virtud triunfarà por sí sola. Dios ha permitido que no llegarà el culpable tratado: el cuerpo del delito ha perecido sin duda: pelearemos sin el estrangero y tal vez no llegaremos á pelear. Dios tocará el corazon del rey.

—Ya es la hora, ya es la hora, dijo Cinq-Mars, fijos los ojos en el relox con una especie de rabia satisfactoria; dentro de cuatro minutos estarán derrotados los cardenalistas del campo; marcharemos sobre Narbona, donde él està....

Dad esa carabina.

A estas palabras abrió su tienda y tomó la mecha de la carabina.

--Un correo de París! un correo de la corte! gritó una voz desde afuera, y un hombre lleno de sudor, y jadeando de cansancio echó pie á tierra, entró y entregó una carta á Cinq-Mars.

—De la reina, señor! dijo.

Palideció Cinq-Mars y leyó.

Señor marqués de Cinq-Mars.

«Os escribo para pediros y suplicaros ha-«gais volver á sus deberes á nuestra muy que-«rida hija adoptiva y amiga la princesa María «de Gonzaga, á quien solo vuestro cariño sepa-«ra del trono de Polonia que le ofrecen. He «sondeado su alma; es muy jóven aun, y *ten-«go motivos para creer* que aceptaria la corona «*con menos instancias y disgusto del que acaso «pensais.*

«Por ella habeis emprendido una guerra «que vá á entregar á sangre y fuego mi hermo-«so y querido reino de Francia: os suplico obreis «como caballero, y absolvais noblemente á la «duquesa de Mantua de las promesas que haya «podido haceros. Asi restituis á su alma el re-«poso y la paz á nuestro caro país.

"La reina que se echa á vuestros pies, si es «necesario." (Ana de Austria.)

Dejó Cinq-Mars con calma la carabina sobre la mesa y su primer movimiento fue volver el cañon contra sí; sin embargo, la dejó y cogiendo inmediatamente un lápiz, escribió. en el respaldo de la misma carta.

Señora.

«Siendo Maria de Gonzaga mi muger, no «puede ser reina de Polonia sino despues de «mi muerte; yo muero.

Cinq-Mars.

Y como si no hubiera querido concederse un instante para reflexionar, metiéndola por fuerza en la mano del correo.

A caballo! à caballo! le dijo furioso, si te detienes un instante, eres muerto.

Le vió partir y entró en su tienda.

Solo con su amigo permaneció un momento de pie; pero pálido, con los ojos fijos mirando la tierra como un insensato. Se sintió vacilar.

--De Thou! gritó.

--Qué quereis, querido amigo? estoy á vuestro lado; acaban de ser grande, sublime!

--De Thou! volvió á esclamar con voz horrible, y cayó en tierra como un árbol arrancado.

Las grandes tempestades toman diferentes, aspectos segun los climas por donde pasan; las que tenian suma estension en los paises del norte, segun dicen, se funden en una sola nube bajo la zona torrida, tanto mas temibles, cuanto que dejan en el horizonte toda su pureza y lar olas enfurecidas reflejan en el azul del cielo tiñéndose en la sangre del hombre. Lo mismo sucede con las grandes pasiones; toman diversos aspectos segun nuestros caracteres; mas, cuán terribles son en los corazones vigorosos que han conservado su fuerza bajo el velo de las formas sociales! Cuando llegan á juntarse la juventud y la desesperacion, es imposible decir en donde pararán sus furores, ó cual será su repentina resignacion: no se sabe si el volcan vá á hacer volar la montaña ó si vá à apagarse en sus entrañas de repente.

De Thou asustado levantó à su amigo: sangraban sus oidos y su nariz, le hubiera tenido por muerto á no correr de sus ojos torrentes de lágrimas; esta era su única señal de vida; pero abrió sus párpados, miró á su derredor y con una fuerza de cabeza estraordinaria recobró el hilo de su pensamiento y el poder de su voluntad.

—Estoy delante de hombres, dijo, es preciso concluir con ellos. Amigo mio, son las once y media: pasó la hora de la señal, dad por mi la orden de que vuelvan á sus cuarteles, era una alarma falsa que yo mismo esplicaré esta misma tarde.

De Thou habia conocido ya la importancia de esta orden: salió y volvió inmediatamente: encontró á Cinq-Mars sentado, tranquilo y quitándose la sangre del rostro.

—De Thou, dijo mirándole fijamente, retiraos que me incomodais.

—No os dejo, respondió éste.

—Huid, os digo, cerca estan los Pirineos.

—Yo ya no sé hablar mucho, ni por vos; pero si os quedais conmigo, morireis os lo advierto.

—Pues me quedo, dijo Thou.

—Dios os saque con bien, dijo Cinq-Mars, porque pasados estos momentos yo nada podré. Aquí os dejo, llamad á Fontrailles y á todos los conjurados distribuidles estos pasaportes, y que huyan inmediatamente: decidles que todo se ha malogrado, pero que les doy gracias. En cuanto á vos, huid, os repito, os lo pido; pero haced

lo que querais, menos seguirme. Os juro que nada haré contra mí mismo.

A estas palabras y estrechando la mano de su amigo, se lanzó fuera de la tienda,

Entretanto á algunas leguas de allí habia otras conversaciones. En el mismo gabinete de Narbona donde vimos en otra ocasion á Richelieu arreglar con José los intereses del estado, estaban sentados otra vez aquellos dos mismos hombres; el ministro envejecido con tres años de padecimientos, y el capuchino tan sorprendido del resultado de sus viages como tranquilo su señor.

El cardenal sentado en su ancha silla, envueltas las piernas en paños calientes, tenia sobre su falda, tres gatillos que saltaban y se revolcaban en su purpúreo ropaje: de cuando en cuando tomaba uno y le echaba sobre los otros para perpetuar sus juegos; los miraba y se reia: á sus pies estaba echada la madre.

José sentado cerca de él, renovaba la relacion de cuanto habia oido en el confesonario; palideciendo aun, por el riesgo que habia corrido de ser descubierto ó asesinado por Santiago, y concluyó con estas palabras.

—En fin Monseñor, no puedo menos de estremecerme cuando pienso los peligros que amenazaban y amenazan á vuestra eminencia. Se brindan espadachines para daros de puñaladas: veo en Francia toda la corte levantada contra vos, la mitad del ejército y dos provincias: en el estrangero, la España y el Austria dispuestas à dar tropas; por todas partes lazos ó combates, puñales ó cañones.

El cardenal bostezó tres veces sin dejar su juego y dijo:

—Qué lindo animal es el gato! es un tigre de salon! Qué suavidad, qué finura tan estraordinaria! Ved ese pintado como se hace el dormido para que el otro rayado no le haga caso y se eche sobre su hermano, y este cómo le acomete! cómo le hinca las uñas! Le mataría, me parece á mí, y se lo comeria si fuera mas fuerte. Es divertido! Qué animales tan graciosos!

Tosió, estornudó bastante tiempo y replicó:

—Os tengo dicho, don José, que no me hableis de negocios hasta despues de comer; ahora tengo gana; pero no es hora; mi médico Chicot me ha prescrito la regularidad y tengo el dolor en el lado. Mi noche, dijo mirando al reló, se

pasará asi: à las nueve arreglaremos los asuntos del señor Mayor, á las diez haré que me lleven al jardin para respirar el aire á la claridad de la luna; despues dormiré una ó dos horas: vendrá el rey á media noche, y à las cuatro podeis volver para tomar varias órdenes de prisiones destierros ú otras que habré de daros para las provincias, París ó los ejércitos de S. M.

Todo esto lo dijo con el mismo sonido de voz, alterada solo por la debilidad del pecho y la falta de algunos dientes.

Eran las siete de la tarde: el capuchino se retiró. Cenó el cardenal con la mayor tranquilidad, y cuando dieron las ocho y media hizo llamar á José y le dijo luego que se sentó á la mesa: Visto está todo lo que han podido hacer contra mi en mas de dos años. ¡Pobres gentes! El mismo duque de Bouillon, á quien yo creia capaz, se pierde en mi imaginacion con ese hecho: le he seguido con la vista; pero dime ¿ha dado el un paso siquiera de verdadero hombre de estado? El rey *Monsiur* y los demas, nada han hecho sino que se les ha alborotado la cabeza contra mi; pero no me han quitado un solo hombre. Solo ese niño Cinq-Mars tiene consecuencia en sus ideas: todo

lo que ha hecho ha sido de una manera bien sorprendente: es preciso hacerle justicia, tenia disposiciones y hubiera hecho dè él mi discípulo á no ser por su carácter obstinado; pero ha chocado abiertamente conmigo, lo siento por él. Por mas de dos años les he dejado nadar á sus anchas: ya es tiempo de sacar la red.

--Es tiempo monseñor, dijo José, que muchas veces se estremecia al hablar ¿sabeis que es corta la travesia de Perpiñan á Narbona? sabéis que si aqui teneis un fuerte ejército, vuestras tropas del campo son débiles y no de fiar? que esa joven nobleza està furiosa y que el rey no está seguro?

El cardenal miró el relox.

--No son mas que las ocho y media y os he dicho que hasta las nueve no me ocupo de ese asunto. Entretanto, como es fuerza hacer justicia, escribid lo que os voy á dictar, porque tengo muy buena memoria. Viven todavia, segun veo por mis notas, cuatro jueces de Urbano Grandier: era hombre de verdadero genio, añadió con malignidad: José se mordió los labios; todos los demas han muerto miserablemente: queda Honmarin, que será ahorcado por contrabandis-

ta; podemos dejarle tranquilo; pero ese horrible Lactancio vive en paz con Barré y Mignou.

Tomad una pluma y escribid al obispo de Poitiers.

Monseñor :

"Es la voluntad de S. M. que sean remplaza-
«dos inmediatamente en sus curatos los P. P.
«Barré y Mignon y que comparezcan á la ma-
«yor brevedad en la ciudad de Leon, como tam-
«bien el padre Lactancio, capuchino, para ser
«juzgados por el tribunal especial, como acusa-
«sados de tentativas criminales contra el Estado.

Escribió José con la misma frialdad que derriba un turco una cabeza al gesto de su señor.

Dijo el cardenal firmando la carta:

Y os diré como quiero que desaparezcan, porque es muy importante borrar todas las huellas de un antiguo proceso. La providencia me ha servido quitàndome todos esos hombres: yo acabo su obra: esto es lo que sabrá la posteridad.

Y leyó al capuchino aquella página de sus memorias en que cuenta la posesion y sortilegios del mago. (1)

---

(1) Véanse las memorias de Richelieu. *Coleccion de Memorias*, tom. 28 p. 189.

Durante su pasada lectura, José no cesaba de mirar el relox.

--Estás impaciente hasta hablar del señor Mayor, dijo el cardenal, pues bien para darte gusto, vamos á eso.

--¿Tú crées que no tengo mis motivos para estar tranquilo? Tu crées que he dejado á esos pobres conspiradores ir muy lejos? No: aqui hay unos papeles que te calmarian si los vieses. En primer lugar en ese canuto de madera está el tratado con la España, cogido en Oloron. Estoy satisfecho de Laubardemont; es persona hábil.

El fuego de unos celos feroces brilló en las espesas cejas de José.

--Ah! monseñor ignora à quien se lo quitó: es verdad que le dejó morir y en este particular no hay de que quejarse; pero al fin era el agente de la conjuracion, era su hijo.

--De veras? dijo el cardenal con aire severo; si, porque no osariais mentirme á mí. Cómo lo habeis sabido?

--Por sus gentes, monseñor: aqui teneis sus relaciones; ellos comparecerán.

Examinó el cardenal estos nuevos papeles y añadió.

—Pues ahora vamos á emplearle en juzgar nuestros conjurados y despues hareis de él lo que querais: os le doy,

Gozoso José volvió á tomar sus denuncias y continuó:

-- Habla su eminencia de juzgar gentes que están aun armadas y á caballo?

-- No lo estàn todas. Lee esta carta de Monsiur á Chavigny, pide perdon, y basta. El primer dia ni aun se atrevió á dirigirse á mi y todo lo que elevaba su suplica era á las rodillas, de uno de mis servidores (1).

Pero al siguiente dia cobró ánimo y me envió á mi esta (2) y otra tercera para el rey.

---

(1) A Mr. de Chavigny.

Señor de Chavigny;

Aunque creo no estáis satisfecho de mi, para lo cual teneis motivo, no dejo por eso de suplicaros influyais en mi reconciliacion con su eminencia y esperar este efecto del verdadero cariño que me teneis, que creo sea mayor que vuestra cólera. Sabeis la necesidad que tengo de que me saqueis del disgusto en que estoy. Dos veces lo habeis hecho ya con su eminencia, os juro que será la última que os dé semejantes empleos.

GASTON DE ORLEANS.»

(2) A su eminencia el cardenal duque.

Primo mio;

«Ese ingrato Mayor es el mas culpable en haberos desagradado; las gracias que recibia de S. M. me han hecho guardar siempre de él y de todos sus artificios, pe-

Su proyecto le ahogaba, no ha podido guardarle. Pero no se me acalla á tan poca costa, necesito una confesion detallada, ó le estrañaré del reino. Ya he hecho que se lo escriban esta mañana. (1).

En cuanto al magnífico y poderoso duque de Bouillon, señor soberano de Sedan y general en gefe de los ejércitos de Italia, acaba de ser cogido por sus oficiales en medio de sus soldados y metido en un costal de paja. No quedan ya mas que mis dos jóvenes vecinos. Imaginan tener el campo entero á sus órdenes y no les quedan mas que las compañías rojas, porque perteneciendo los demas á Monsieur estarán pasi-

---

ro á vos primo mio es á quien conservo mi estimacion y cabal amistad.... Estoy verdaderamente arrepentido de haber faltado otra vez á la fidelidad que debo al rey mi señor, y pongo á Dios por testigo de la sinceridad con que se ve toda mi vida el mas fiel de vuestros amigos y con la misma pasion que soy.

Primo mio;

Vuestro affmo. primo,

GASTON.»

(1) Respuesta del cardenal.

«Monsieur;

Puesto que Dios manda que para ser absueltos los hombres en este mundo recurran, á una entera é ingénuo confesion, os enseño el camino que debeis seguir para salir de ese disgusto, V. A. ha principiado bien, le falta acabar. Es cuanto puedo deciros.»

vas y mis regimientos se echarán encima. Sin embargo he mandado que aparenten obedecer. Si dan la señal á las once y media, serán presos al primer paso. Si no, el rey me los entregará esta noche.... No abras tus admirados ojos, me los va á entregar te digo, entre doce y una. Ya veis que todo se ha hecho sin vos José y que no nos haceis mucha falta; ademas, durante este tiempo no veo que hayamos recibido de vos grandes servicios: andais algo remolon y descuidado.

— Ah! Monseñor! si supieseis cuanto me ha costado averiguar el camino de los mensageros del tratado! Para saberlo he tenido que arriesgar mi vida entre aquellos dos jóvenes...

Aqui el cardenal se echó á reir con aire burlesco, desde el fondo de su silla.

—Tú estarias en ridículo, y con mucho miedo en esa caja, José: creo sea la primera vez de tu vida que has oido hablar de amor. Te gusta ese lenguaje P. José? y dime? lo comprendes tú con claridad? Se me figura que te has de formar de él una idea muy hermosa.

Richelieu con los brazos cruzados, miraba complacido á su capuchino cortado, y prosiguió

con el tono burlesco de un gran señor que solia usar algunas veces divirtiéndose en hacer pasar las mas nobles espresiones por los labios mas inmundos.

—Vamos, José, hazme la definicion del amor segun tus ideas. Qué puede ser eso? porque ya vés que existe en otra parte que en las novelas, ese jóven solo ha conspirado por amor. Tú mismo lo has escuchado con tus indignos oidos. Vamos, qué es el amor? yo por mi parte no sé una palabra de eso.

Quedóse aniquilado aquel hombre; mirando al suelo con los estúpidos ojos de un animal innoble.

Despues de haber discurrido largo tiempo respondió por fin con voz pesada y nasal.

Debede ser alguna fiebre maligna que estravia la cabeza; pero á la verdad, monseñor, os confieso que hasta ahora no habia reflexionado en esto, habiéndome visto siempre cortado para hablar á una muger: quisiera que se las pudiera quitar de la sociedad, porque no sé para que sirven, sino para descubrir secretos, como la duquesita ó como Marion de Lorme, que no puedo menos de recomendar á vuestra eminencia: ella pen-

só en todo y hechó con mucha maña en medio de los conspiradores nuestra profecía. Por esta vez hemos faltado á lo *maravilloso*, como en el sitio de Hesdín; solo falta hallar la ventana por donde habeis de entrar el dia de la ejecucion.

—Vuelta á vuestras sandeces! dijo el cardenal, me hareis tan ridículo como vos, si continuais: tengo demasiada fuerza para acudir al cielo: que no se os vuelva á ocurrir tal cosa. No os ocupeis mas que de las personas que os doy. Os acabo de dar vuestra parte. Cuando esté preso el caballerizo mayor le hareis juzgar y ejecutar en Leon. No me queiero mezclar en eso. Es asunto demasiado pequeño para mí, es una piedra que encuentran mis pies, y en que no he debido pensar tanto tiempo.

Calló José: no podia comprender á aquel hombre que en medio de enemigos armados hablaba de lo futuro como de un presente de que podia disponer y de lo presente como de un pasado á quien ya no temia. Ignoraba si debia reputarle por loco ó profeta, si era superior ó inferior á la humanidad.

Redobló su sorpresa cuando entró Chavigny precipitadamente y tropezando con la silla del

cardenal que estuvo para caerse, esclamó con aire turbado.

—Monseñor, acaba de llegar de Perpiñan uno de vuestros criados y ha visto el campo en movimiento y los enemigos á caballo....

—Ellos se apearán respondió Richelieu, poniendo bien su silla, teneis el genio algo vivo.

—Pero.... pero monseñor, no se le ha de decir á Mr. de Fabert?

—Dejadle dormir, é idos á acostar tambien, José.

—Monseñor, otra cosa estraordinaria! el rey viene.

—En efecto es estraordinaria, dijo el ministro mirando el relox, porque viene dos horas antes de lo que yo esperaba: marchaos ambos.

Bien pronto se oyó el ruido de botas y armas que anunciaba la llegada del príncipe: abrierónse las dos puertas; los guardias del cardenal dieron tres veces en el suelo con sus picas y apareció el rey.

Caminaba apoyándose en un baston por un lado y por otro en el hombro de su confesor el P. Sermond, que se retiró y le dejó con el cardenal que se habia levantado con mucho traba-

jo y no pudo adelantarse al rey ni un paso porque tenia envueltas las piernas. Hizo señal de que ayudasen al príncipe á sentarse cerca del fuego frente de él. Luis XIII se dejó caer en un sillon relleno de almohadas; pidió y bebió un vaso de elixir preparado para fortificarle contra los delirios que le causaba con frecuencia su enfermedad de languidez, hizo un gesto para que todos se marchasen y solo con Richelieu le habló lo siguiente:

—Mi querido cardenal, conozco que me llama Dios hácia sí: me debilito de dia en dia, ni el otoño ni el aire de la primavera me devuelven las fuerzas.

—Yo precederé á V. M. respondió el ministro, la muerte se ha apoderado ya de mis piernas, ya lo veis; pero mientras me quede la cabeza para pensar y la mano para escribir, podré ocuparme en vuestro servicio.

—Y estoy seguro de que vuestra intencion era añadir: y el corazon para amaros, dijo el rey.

—Puede dudarlo V. M? respondió el cardenal frunciendo las cejas y mordiéndose los labios por la impaciencia que le causaba esta salida.

—Algunas veces lo dudo, replicó el príncipe. Mirad, necesito hablaros con el corazon y tengo que quejarme de vos á vos mismo. Tres años hace que me remuerde la conciencia por dos cosas; nunca os he hablado de ellas aunque, lo deseaba en secreto y aun si algo me hubiera hecho consentir en disposiciones contrarias á vuestros intereses, habria sido este recuerdo.

Con esta especie de franqueza propia de caracteres débiles se desquitan estos, alarmando á su dominador con el mal que no se atreven á hacerle directamente y se vengan de la sujecion con una controversia pueril. Reconoció Richelieu en estas palabras que habia corrido gran riesgo; pero vió al mismo tiempo la necesidad de declarar, por decirlo asi, todo su rencor; y para facilitar la esplosion de sus importantes confesiones, acumuló protestas que juzgaba mas propias para impacientar al rey.

—No, no esclamó este, por fin nada creeré hasta que me hayais esplicado esas dos cosas que me vienen siempre á la imaginacion, de que hablaban últimamente y que no puedo justificar con ninguna razon: hablo del proceso de Urbano Grandier de que nunca tuve noticia exacta y de

los motivos de vuestro odio á mi infeliz madre y hasta á sus mismas cenizas.

—No es mas que eso señor? dijo Richelieu, son esas todas mis faltas? fáciles son de esplicar. El primer asunto debia ocultarse á los ojos de V. M. por sus horribles y escandalosos incidentes. Hubo, es verdad, engaño que no puede mirarse como culpable, en llamar magia á crimenes que alarman el pudor, y cuya narracion hubiera enseñado a la inocencia peligrosos misterios: fué una astucia santa para sustraer á la vista de los pueblos aquellas impurezas.

—Basta, basta cardenal, dijo Luis XIII apartando la cabeza y bajando los ojos de vergüenza, no puedo oir mas; os entiando, esos cuadros me ofenderian; apruebo vuestros motivos; bueno, no me lo habian nunca: me habian ocultado esos vicios espantosos. Os asegurasteis de las pruebas de los delitos?

—Todas estuvieron en mis manos, señor, y en cuanto á la gloriosa reina María de Medicis estraño que olvide V. M. cuán adicto le fuí, si, no temo confesarlo, como que le debí toda mi elevacion, ella fué quien se dignó poner los ojos y acercarse asi al obispo de Luzon, que no te-

nia mas que 22 años. Cuánto sufrí cuando hube de combatirla por interés de V. M.! Pero como era por vos ese sacrificio, ni tuve, ni tengo escrúpulo alguno.

—Vos, enhorabuena; pero yo, dijo el príncipe con amargura,

—Señor! esclamó el cardenal, el hijo de Dios mismo os dió el ejemplo (1): por el uso de todas las perfecciones dictamos nuestros consejos: y sino se ha levantado aun el monumento debido á la memoria de vuestra madre, Dios me es testigo de que ha sido por no afligir vuestro corazon, recordando su muerte el retardar los trabajos. Pero bendito sea el dia en que me sea permitido hablaros de eso! Yo mismo diré la primera misa en San Dionisio, cuando esté allí de-

(1) En 1639 consultó el rey su consejo sobre la súplica de su madre desterrada, para volverla á Francia. Richelieu respondió:

Quién puede dudar sea permitido á un príncipe separarse de su madre por consideraciones importantes?.... El hijo de Dios no tuvo dificultad en separarse en cierta ocasion, de su madre y dejarla angustiada algunos dias. La respuesta que dió á su madre cuando se quejaba, enseña á los reyes, que aquellos á quienes ha confiado Dios el cuidado del bien general de un reino, deben preferirle siempre á todas las obligaciones perticulares.

(*Relaciones de Mr. de Fontrailles.*)

positada, si la providencia me deja fuerzas.

Aquí el rey tomó un aire un poco mas amable; pero siempre frio y juzgando al cardenal que no iba á adelantar mas su persuasion en aquella noche, resolvió atacar al enemigo de frente. Continuando, pues, en mirar al rey, dijo con frialdad:

—Y ha sido por eso por lo que habeis permitido mi muerte?

—Yo! dijo el rey, os han engañado; he oido hablar de la conjuracion y os lo queria decir; pero nada he mandado contra vos.

—No es eso lo que dicen los conjurados, señor, sin embargo, debo creer á V. M. y me alegro que se hayan engañado.

—Pero qué avisos os dignais darme?

—Yo..... queria deciros francamente, para entre los dos, que hariais bien en guardaros de *Monseur*.....

—Ah! señor, ya no lo puedo creer, porque ahí teneis una carta que acaba de enviarme para vos y parece haber sido culpable contra V. M.

El rey admirado leyó:

Monseñor.

"Siento infinito haber faltado otra vez á la

«fidelidad que debo á V. M. y le suplico humil-
«demente que lleve á bien le pida un millon de
«perdones lleno de sumision y arrepentimiento.

Vuestro humildísimo subdito,

Gastou.

--Qué quiere decir esto? esclamó Luis, osaban armarse contra mi tambien?

--*Tambien*! dijo en voz baja el cardenal mordiéndose los labios y despues replicó; Si señor, tambien me lo hace creer hasta cierto punto, ese rollo de papeles.

Y diciendo esto, sacaba un rollo de papeles de un trozo de sahuco y lo estendió á la vista del rey.

Este es simplemente un tratado con España, al cual no creo haya accedido V. M. Podeis tener los artículos bien en regla, (1) todo está previsto, la plaza para garantía, el número de tropas, los socorros de hombres y de dinero.

--Traidores! esclamó Luis ajitado, es preciso hacerlos prender; mi hermano renuncia y se arrepiente: pero al duque de Bonillon.

---

(1) Los artistas de este tratado estan comprendidos en la *relacion de Foutrailles*, *tit.* I.

—Si señor.

—Aunque será dificil en medio de su ejercito de Italia.

—Con mi cabeza respondo de su prision, señor; pero no queda otro nombre?

—Cuál?... qué?.... Cinq-Mars? dijo el rey balbuciente.

—Precisamente, señor, dijo el cardenal.

Yo veo..... pero yo creo que se podria....

—Escuchadme, dijo de repente Richelieu con voz tronadora, es preciso que todo acabe hoy Vuestro favorito está á caballo al frente de su partido; escoged ó él, ó yo. Entregad el niño al hombre, ó el hombre al niño; no hay miedo.

—Y qué quereis si os prefiero á vos? dijo el rey.

Su cabeza y la de su confidente.

Jamás..... es imposible, replicó el rey con horror, y volviendo à la misma irresolucion en que estaba con Cinq-Mars, con respecto á Richelieu! Si vos sois mi amigo, el lo es tambien, y mi corazon sufre con la idea de su muerte. Por qué no estàbais tampoco de acuerdo? Por qué esa division? Ella ha traido las cosas á este estado. Vos habeis hecho mi desesperacion; entre vos y el

me haceis el mas desgraciado de los hombres. Luis ocultaba la cabeza entre las manos al hablar y tal vez lloraba; pero el inflexible ministro le seguia con la vista como á su presa, y sin compasion, sin darle tregua para respirar. se aprovechó por el contrario de aquella turbacion para hablar cuanto se proponia.

—Asi os acordais, decia en dura voz, de los mandatos que Dios os ha hecho por boca de vuestro confesor? Me dijisteis un dia que la iglesia os mandaba espresamente revelar á vuestro primer ministro todo lo que oyeseis contra él, y por vos nada he sabido de mi próxima muerte. Ha sido preciso que amigos mas fieles vinieran á descubrirme la conspiracion, que los mismos culpables, se entregasen á mí para confesar sus faltas. Uno solo, el mas endurecido, el menor de todos resiste todavía, y él es quién entrega la Francia al estrangero, quién destruye en un dia la obra de mis veinte años, subleva los hugonotes del medio dia, llama á las armas á todas las clases del estado, resucita pretensiones amortiguadas y enciende en fin, la liga apagada por vuestro padre: porque no os engañeis, ella es la que levanta sus cabezas contra

vos. ¿Estáis dispuesto al combate? dónde está vuestra maza?

El rey confundido no respondia y continuaba tapándose la cara con las manos. El cardenal inexorable se cruzó de brazos y prosiguió;

Temo se os ocurra que estoy hablando por mí. ¿Creeis que no me hago justicia y que me importa mucho tal adversario? A la verdad, no sé por qué os dejo obrar á vuestro antojo y poner en manos de ese mozalvete las pesadas riendas del estado. Ya podeis suponer que despues de veinte años de conocer vuestra corte, ya me habré asegurado algun albergue donde aun á pesar vuestro pudiese acabar los seis meses que tal vez me quedan de vida. ¡Sería curioso espectáculo para mí el de tal reinado! ¿Qué responderiais por ejemplo, cuando levantándose todos esos pequeños potentados, asi que yo no pesára sobre ellos si vinieran en pos de vuestro hermano á deciros como se atrevieron á Enrique IV en su trono, «repartidnos todos los grandes gobiernos con soberanía y títulos hereditarios y estaremos contentos"? (1) Lo hariais, no lo dudo y sería lo

(1) Memorias de Sully 1595.

menos que pudierais conceder á los que os hubieran librado de Richelieu y acaso será lo mejor, porque para gobernar la isla de Francia que os dejarán sin duda como dominio originario, no necesitará tantos papeles vuestro nuevo ministro.

Al decir esto empujó con violencia la gran mesa que ocupaba casi todo el cuarto, llena toda de papeles y carteras.

El esceso de audacia de este discurso, sacó á Luis de su apática meditacion; levantó la cabeza y apareció como si hubiera tomado una resolucion por temor de tomar otra.

--Pues bien! señor, dijo, responderé que quiero reinar por mi solo.

--Enhorabuena, dijo Richelieu; pero debo advertiros que los negocios del momento son dificiles. Esta es la hora en que me traen mi trabajo ordinario.

--Yo me encargo de él, replicó Luis, abriré las comunicaciones y daré mis órdenes.

--Probad, pues, dijo Richelieu, me retiro, llamadme si algo os detiene.

Llamó y en el mismo instante como si hubiesen estado esperando la señal, entraron cuatro

vigorosos criados y se lo llevaron en su silla á otra habitacion, porque ya hemos dicho qne no podia andar. Al pasar por la sala en que trabajaban los secretarios, dijo en alta voz: tómense las órdenes de S. M.

Quedóse solo el rey, firme en su resolucion, y orgulloso de haber resistido una sola vez, quiso entregarse inmediatamente á la tarea política. Dió la vuelta á aquella enorme mesa y vió tantas carteras como imperios, reinos y círculos habia entonces en Europa: abrió una y la vió dividida en tantas casillas como subdivisiones habia en todo el pais á que estaba destinada. Todo estaba ordenado; pero en un órden espantoso para él, porque cada nota no contenia mas que la quinta esencia, por decirlo asi, de cada negocio y no espresaba mas que sus relaciones del momento con la Francia. Aquel laconismo era tan enigmático para Luis, como las cartas en cifra qne cubrian la mesa. Allí todo era confusion: con los edictos de destierro y expropiacion de los hugonotes de la Rochela estaban juntos los tratados con Gustavo Adolfo y los hugonotes del Norte contra el imrerio; notas sobre el general Jannjer, Walsteur el du-

que de Veimar y Juan de Vert estaban arrolladas con la lista de las cartas encontradas en el cofrecillo de la Reina, el inventario de sus collares y joyas y la doble interpretacion que se podia dar à cada frase de sus billetes. Al margen de unos se leian estas palabras: *por cuatro líneas de la letra de un hombre se le puede formar causa criminal.* Mas allá esttaban amontonadas las denuncias contra los hugonotes, y sus planes de república; la division de la Francia en círculos, bajo la dictadura anual de un gefe: adjunto era el sello de aquel estado en proyecto que representaba un angel apoyado en una cruz y en la mano la biblia que levantaba sobre su cabeza. Al lado habia una lista de los cardenales que fueron nombrados el mismo dia que el obispo de Luzon (Richelieu). Entre ellos se veia el marqués de Bedemar embajador y conspirador en Venecia,

Luis XIII agotaba en vano sus fuerzas en detalles de otra época, buscando en valde los papeles relativos á la conjuracion que pudiesen mostrarle su verdadero núcleo y lo que habian intentado contra él, cuando un hombre chico de cuerpo, de cara livida, encorbado y con an-

dar tímido y devoto, entró en el gabinete: era un secretario de Estado; su nombre Desnoyer; se adelantó saludando.

--Puedo hablar á S. M. de los asuntos de Portugal? dijo.

--De España por consiguiente, dijo Luis; Portugal es una provincia de España.

--De Portugal, insistió Desnoyers. Este es el manifiesto que acabamos de recibir, y leyó:

—D. Juan por la gracia de Dios Rey, de Portugal, de los Algarbes reinos de aquende Africa, señor de Guinea, conquista navegacion y comercio de la Etiopia, Arabia, Persia y las Indias.

—¿Qué significa todo eso? ¿quién habla asi? dijo el Rey.

El duque de Braganza, Rey de Portugal coronado hace ya una.... hace algun tiempo señor por un hombre llamado Prieto. Apenas acaba de subir al trono cuando tiende la mano á la sublevada Cataluña.

—Tambien se rebela la Cataluña. ¿No tiene ya el Rey Felipe IV por primer ministro al conde duque.?

--Al contrario señor, es porque le tiene. Aquí

está la declaracion de los Estados generales catalanes á S. M. catolica, que dice tome las armas todo el pais contra sus tropas *sacrílegas* y escomulgadas. El Rey de Portugal...

—Decid el duque de Braganza, replicó Luis, yo no reconozco á ese rebelde.

—Pues el duque de Braganza, señor, dice friamente el consejero de Estado, envia al Principado de Cataluña su sobrino don Ignacio de Mascarenas para hacerse con la proteccion de aquel pais (y con su soberania tal vez) que quisiera añadir á la que acaba de reconquistar.

Ahora bien, las tropas de V. M. están al frente de Perpiñan.

—Y bien ¿qué importa? dijo Luis.

—Los catalanes tienen el corazon mas francés que portugués señor, y todavía es tiempo de quitar esa tutela el Rey de.... al duque de Portugal.

—Yo apoyar rebeldes! os atreveis!...

—Tal era el proyecto de S. E., prosiguió el consejero de Estado. La España y la Francia por otra parte, están en guerra y el Sr. de Olivares no ha dudado en tender la mano de S. M. C. á nuestros hugonotes.

—Bien, lo pensaré, dijo el Rey, dejadme.

—Señor, los Estados generales de Cataluña están apurados; las tropas de Aragon marchan contra ellos.

—Veremos:.... dentro de un cuarto de hora resolveré, respondió el Rey.

El secretario de Estado salió con aire descontento y desalentado. En su lugar se presentó Chavigny con una cartera y en ella las armas britànicas.

—Señor, dijo pido á V. M. órdenes para los negocios de Inglaterra. Los parlamentarios á las órdenes del conde de Essep acaban de hacer levantar el sitio de Glocester: el príncipe Ruperto ha dado en Nembury una batalla desastrosa para S. M. Británica. El parlamento se prolonga y tiene por suyos todos los Puertos ciudades y poblaciones presbiterianas. El Rey Cárlos 1.º pide socorros que la Reina no encuentra ya en Holanda.

—Es fuerza mandar tropas á mi hermano de Inglaterra, dijo Luis. Pero quiso ver precedentes, y encontró recorriendo las notas del cardenal que habia escrito sobre la primera peticion

del Rey de Inglaterra, y de su propio puño lo siguiente.

«Es precíso reflecsionar mucho y esperar los comunes son fuertes.--El Rey Cárlos, cuenta con los Escoceses, que al cabo le venderán.

Es preciso estar alerta. Hay allí un hombre de guerra que ha venido á vér á Vincennes y ha dicho que *á los principes nunca se les debia dar mas que en la cabeza.* NOTABLE, añadia el cardenal; despues habia borrado esta palabra, sustituyendo TEMIBLE. y mas abajo.

Este hombre domina á Fairfaxhace de el inspirado: será un grande hombre: socorro negado: *dinero perdido.*

El Rey dijo entonces; no, no precipiteis nada yo esperaré.

Pero señor, dijo Chavigny: los acontecimientos son rápidos: si el correo se retrasa una hora, la pérdida del Rey puede adelantarse un año.

Están allí ellos? preguntó Luis.

--En el campo de los independientes, se predica la República con la Biblia en la mano: en el de los realistas, se disputa el paso y se rie.

--Pero un momento de suerte puede salvarlo todo!

—Los Estuardos no son afortunados señor, repuso Chavigny respetuosamente, pero en un tono que daba demasiado que pensar.

—Dejadme dijo el Rey con mal humor, y salió el secretario de Estado.

Entonces fué cuando Luis XIII se vió todo entero y se asustó del vacío que habia encontrado en sí mismo. Fijó primero su vista sobre el promontorio de papeles que le rodeaban, pasando de uno à otro encontrando en todas partes peligros, y en ninguna mayores que los recursos que él mismo inventaba. Se levantó y cambiando de sitio, se inclinó ó mas bien se hechó sobre una carta geográfica de Europa: alli vió juntos todos sus terrores juntos en el Norte, en el mediodia y en en centro de su reino; las revoluciones se aparecian como las Euménides; bajo cada comarca creia ver humear un volcan; se le figuraba oir gritos de miseria de los Reyes que le imploraban, y gritos de furor de los pueblos; creyé sentir la tierra de Francia estremecerse y abrirse bajo sus pies; turbóse su debil y fatigada vista y un vértigo se apoderó de su cabeza que amontonó toda la sangre á su corazon.

—Richelieu gritó con voz sofocada tocando una campanilla, que llaman al cardenal.

Y cayó desmayado en una silla.

Cuando el Rey volvió á abrir los ojos reanimado por los fuertes olores y las sales que le habian puesto sobre los lábios y las sienes, vió por un instante pajes que se realizaron al punto que entreabrió los párpados y se encontró sobre el cardenal. El impasible ministro hizo colocar su ancha silla junto á la del rey, como un médico junto á su enfermo y fijó sus escrutadores ojos sobre el pávido rostro de Luis; tan luego como pudo escucharle, continuó con sombría voz su terrible diálogo:

—Me habeis llamado, dijo, ¿qué me quereis? Luis echado sobre la almohada entreabrió los ojos, le miró y volvió á cerrarlos. Aquella calavera armada de dos ojos fulminantes y terminada con una barba aguda y blanca, aquel birrete y aquellos vestidos de color de sangre y de fuego, todo le representaban un espíritu infernal.

—Reinad, dijo con una voz débil.

—Pero.... me entregais á Cinq-Mars y de Thou prosiguió el implacable ministro aproximando-

se para leer en los apagados ojos del príncipe como un ansioso heredero busca hasta en la tumba la última voluntad de un moribundo.

--Reinad, repitió el rey, volviendo la cabeza.

Pues firmad este papel que dice: "Es mi voluntad que los cojan muertos ó vivos.»

Luis reclinada siempre la cabeza sobre el respaldo de la silla dejó caer su mano sobre el fatal papel y firmó:

--Dejadme por piedad morir, dijo.

--Aun hay mas, continuó aquel á quien llaman el gran político. No estoy seguro de vos necesito en adelante garantias. Firmad esto y os dejo.

(1) Cuando el rey vaya á ver al cardenal su guardia de este no dejará las armas, y cuando el cardenal vaya á ver al rey, su guardia cubrirá las puertas con la de S. M.: Ademas:

(2) S. M. se compromete á poner sus dos hijos los príncipes rehenes por en poder del cardenal, como garantía de la buena fé de su adhesion.

---

(1) Manuscrito de rientis 1642 núm. 185.
(2) Memorias de Ana de Austria 1642

--Mis hijos! esclamó Luis levantando la cabeza, os atreveis!....

--Preferireis que me retire? dijo Richelien.

--El Rey firmó.

--Está concluido, dió con un profundo gemido.

Se engañaba; otro dolor le estaba reservado todavía. Se abrió de repente la puerta, y apareció Cinq-Mars: aquella vez quien tembló fué el cardenal.

--Qué quereis? caballero, dijo disponiéndose à llamar.

El caballerizo mayor estaba tan pálido como el rey; y sin dignarse responder à Richelieu se adelantó reposadamente hácia Luis XIII. Este le miró como mira un hombre que acaba de recibir su sentencia de muerte.

--Algo dificil debe seros señor el comprenderme, porque tengo veinte mil hombres á mi disposicion, dijo Enrrique de Elfiat con dulce voz.

--¡Ah! Cinq-Mars, dijo dolorosamente Luis, eres tú el que has dado lugar á esto? Si señor y yo soy tambien quien os traigo mi espada, porque acabais sin duda de entregarme, dijo qui-

tándosela y poniéndo á los piès del rey que bajó los ojos sin responder.

Cinq-Mars, se sonrió con tristeza y sin amargura, porque ya no pertenecia á la tierra. Despues mirando á Richelieu con desprecio:

--Me rindo porque quiero morir ; pero no estoy vencido.

El cardenal apretó los puños de rabia, pero se reprimió.

--Y quiénes son vuestros cómplices? dijo.

Cinq-Marq, miró á Luis fijamente y entreabrió los lábios para hablar.... bajó el rey la cabeza y sufrió en aquel instante un suplicio desconocido á todos los hombres.

--No los tengo, respondió Cinq-Mars teniendo lástima del príncipe y salió de la habitacion.

Detúvose en la primera galeria donde todos los gentiles bombres, y Fabert se levantaron al verle: fuese derecho á este y le dijo:

--Caballero, dad órdenes para que me prendan.

Todos se miraron sin osar acercarsele.

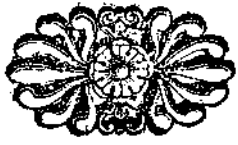
--Si señor, soy vuestro prisionero.... sí, estoy sin espada y lo repito, soy prisionero del rey.

--No sé lo que estoy viendo, dijo el general;

dos sois los que venis á entregaros, y no tengo órden de prender á nadie.

--¡Dos! dijo Cinq-Mars ese no puede ser mas que de Thou; ah! por ese rasgo lo adivino.!

--¡Y no te habia yo tambien adivinado! esclamó este saliendo y echándose en sus brazos.



CAPITULO XXV.

LOS PRESOS.

He leido en mi corazon el designio de mi hermano.

Pichald. LEONIDAS.

¡Morir! Sin gastar mis flechas! Sin herir! Sin hollar, sin sepultar en su cieno esos verdugos embrolladores de las leyes!

Andrès Chenier.

Entre aquellos antiguos castillos de que se despoja la Francia todos los años como deflones de su corona, habia uno de sombrio aspecto sobre la ribera izquierda del Saone. Parecia un centinela formidable colocado en una de las puertas de Leon y le daba nombre la enorme roca de Pierre-Eneise que se eleva en punta co-

mo una especie de pirámide natural, y en cuya cima inclinada sobre el camino hasta al rio, dicen se reunia en otro tiempo á otras rocas que se ven en la opuesta orilla formando el arco natural de un puente; pero el tiempo, las aguas y la mano de los hombres, no han dejado en pie mas que el antiguo monton de granito que servia de pedestal á la fortaleza ya destruida. Lo habian levantado los arzobispos de Leon como señores temporales de la ciudad, y hacian alli su residencia: despues se convirtió en plaza de guerra, y en tiempo de Luis XIII en prision de Estado. Una sola torre colosal donde solo penetraba la luz por tres largas troneras dominaba el edificio y le rodeaban algunas casas irregulares con sus espesas paredes, cuyas lineas y ángulos seguian las formas de la roca inmensa y perpendicular.

Alli fué donde el cardenal Richelieu avaro de su presa quiso encarcelar y conducir en persona á sus jóvenes enemigos; dejando á Luis marchar á París, los sacó de Narbona, llevándolos consigo para adornar su último triunfo y viniendo á tomar el Rodano casi á su embocadura como para prolongar ese placer de la ven-

ganza que los hombres han osado llamar el placer de los Dioses: ostentando á los ojos de ambas riberas el lujo de su odio subió el rio con lentitud sobre dos barcos empavesados y con remos dorados: tendido en el primero y llevando á remolque en el segundo sus dos víctimas con una larga cadena. Muchas veces por la noche pasado el calor se quitaba el toldo á los dos barcos y se veia en el uno á Richelieu pálido y seco sentado sobre la popa; y en el que le seguia, á los dos jóvenes de pie, con la frente serena, apoyados el uno con el otro y mirando correr el rio. En otro tiempo, los soldados de Cesar que camparon en las mismas orillas hubieran creido ver al inflexible barquero del infierno conduciendo las sombras amigas de Castor y Polux, los cristianos no se hubieran atrevido á reflexionar y ver alli un sacerdote que llevaba sus dos enemigos al verdugo; el que pasaba era el primer ministro.

En efecto pasó dejándolos custodiados en aquella misma ciudad en que se habian propuesto los conjurados hacerle perecer. Se complacia en burlarse asi del destino. plantando un trofeo donde habia este querido se pusiese su tumba.

En medio de una noche del mes de agosto mientras que todo parecia dormir en la inespugnable torre de los presos, giró sobre sus goznes silenciosamente la puerta de su primer cuarto y apareció en el dintel un hombre vestido con una túnica parda sugeta con una cuerda sus pies con sandalias y en la mano un manojo de llaves; era José, miró con precaucion sin entrar y contempló en silencio la habitacion del caballerizo mayor. Gruesos tapices, espléndidas colgaduras cubrian las paredes de la prision: estaba dispuesta una cama de damasco encarnado; pero el preso no estaba allí. Sentado junto á una alta chimenea en un gran sillon vestido de su saco largo gris como el de los frailes con la cabeza baja y los ojos fijos en una cruccita de oro á la trémula luz de una lámpara estaba absorto en tan profunda meditacion que el capuchino pudo acercarse á él y colocarse de pie frente á frente del prisionero antes de que lo notase: por fin levantó la cabeza de reponte y esclamó:

—Qué vienes á hacer aqui miserable?

—Joven, no estais en vos, respondió en voz baja la misteriosa visita; dos meses de prision podian ya haberos calmado. Vengo á deciros co-

sas importantes: escuchadme he pensado mucho en vos, y no os odio tanto como creeis. Los momentos son preciosos; todo os lo diré en dos palabras. Dentro de dos horas van á venir á tomaros declaracion, juzgaros y egecutaros con vuestro amigo: no puede menos de ser asi porque e preciso que todo quede hoy concluido.

--Ya lo sé, dijo Cinq-Mars.

Pues bien! Yo puedo libertaros todavia porque he pensado mucho como os he dicho y vengo á proponeros cosas que no os desagradarán. El cardenal no puede vivir seis meses, no haya misterios entre nosotros, es preciso ser francos; ya veis á donde os he traido por él y de aquí podeis deducir á donde le llevaré yo á él por vos si quereis: podemos quitarle esos seis meses que le quedan.

El rey os ama y os llamará á su lado con trasporte cuando sepa que estais vivo: sois joven, sereis largo tiempo feliz y poderoso, me protejereis y me hareis cardenal.

La admiracion hizo enmudecer al joven que no podia comprender tal lenguaje y parecia le costaba trabajo descender á él de lo alto de sus meditaciones. Todo lo que pudo decir, fué:

—A vuestro bienhechor, Richelieu?

Sonrióse el capuchino y prosiguió en voz baja acordándose él:

—En política no hay beneficios; hay intereses y nada mas. Un hombre empleado por un ministro no debe estar mas agradecido que lo está un caballero hacia un ginete porque le prefiere à los demas. Mi proceder le ha convenido, me alegro. Ahora me conviene á mi echarle á él á tierra.

Si, ese hombre solo se ama á sí mismo, lo veo me ha engañado, alejando siempre mi elevacion; pero os lo repito tengo medíos seguros para haceros escapar en silencio: aqui todo lo puedo. Yo harè poner en lugar de los hombres con que él cuenta, otros à quienes él destinaba á la muerte y que están aqui cerca en la torre del Norte, la de los calabozos que se adelanta sobre el agua. Sus hechuras irán á remplazar à estos. Envió un médico un empirico que me pertenece, al glorioso cardenal abandonado por los mas sabios de Paris; si os entendeis conmigo le llevará un remedio universal y eterno.

—Vete, dijo Cinq-Mars, vete, fraile infernal! no hay mortal semejante á tí! Juro no eres hom-

bre! marchas por las tinieblas con paso silencioso y furtivo, atraviesas las paredes para presidir á crímenes secretos y te colocas entre los corazones de los hombres para separarlos eternamente. ¿Quién eres tú? Pareces el alma atormentada de un condenado.

Niño novelero! dijo José, grandes cualidades hubierais tenido sin esas falsas ideas; acaso no hay alma ni condenacion. Si los muertos volviesen á quejarse, tendria yo mil á mi alrededor y no los he visto ni aun en sueños.

—Monstruo; dijo Cinq-Mars á media voz.

—Esas son tambien palabras! replicó José, no hay monstruo ni hombre virtuoso. A vos y á de Thou poco os ha faltado para causar la muerte de cienmil hombres tal vez en masa y á la luz del dia; por nada, mientras que Richelieu y yo hemos hecho perecer muchos menos poco á poco por la noche y para fundar un gran poder. Cuando requiere quedar puro, es preciso no tratar con los hombres; ó por mejor decir lo mas racional es decirse como yo: es pasible que no exista el alma: somos hijos del acaso; pero respecto á los demas hombres, senemos pasiones que es preciso satisfacer.

--Ya respiro! dijo Cinq-Mars, no cree en Dios! --José prosiguió:

--Ahora bien, Richelieu, vos y yo hemos nacido ambiciosos, era preciso, pues, sacrificar todo á esta idea.

--Desgraciado! no me confundais con vos.

--Sin embargo, es la verdad pura, repuso el capuchino y ahora solo ahora solo es cuando veis que nuestro sistema era mejor que el vuestro.

--Miserables! el amor era.....

--No, no! no es eso. Tambien esas son palabras: tal vez lo habeis creido vos mismo; pero era por vos; yo os he oido hablar á esa jóven, ninguno de los dos pensaba mas que en sí: no os amabais ni uno ni otro: ella no pensaba mas que en su rango y vos en vuestra ambicion: solo se quiere ser amado para oirse llamar perfecto y ver que á uno le adoran, y esto tambien es santo egoismo Dios mio!

--Cruel serpiente! dijo Cinq-Mars ¿no te bastaba con hacernos morir? ¿Por qué vienes á arrojar tu ponzoña sobre la vida que nos quitas? ¿Qué demonio te ha enseñado ese horrible analisis de corazones?

--El odio à todo lo que es superior á mi, di-

jo José con una risa falsa y baja, y el deseo de hollar á todos los que detesto, me han hecho ambicioso y sútil para encontrar el lado débil de vuestras ilusiones. Hay un gusano que se arrastra en el corazon de todos esos hermosos frutos.

—Gran Dios! lo oyes tú? esclamó Cinq-Mars levantándose y estendiendo sus brazos hácia el cielo.

La soledad de su prision, las piadosas conversaciones de su amigo y sobre todo la presencia de la muerte que viene como la luz de un astro desconocido á dar otros colores á todos los objetos, las meditaciones de la eternidad, (digámoslo) los grandes esfuerzos para trocar sus horrendos pesares en inmortales esperanzas y para dirigir á Dios toda aquella fuerza de amar que le habia estraviado en la tierra, todo habia causado en él una revolucion estraña y semejante á aquellas espigas que cuajan con una ojeada del sol, su alma habia adquirido mas vivas luces exaltada por misteriosa influencia de la muerte.

—Gran Dios! repitió, si éste y su señor son hombres ¿lo seré yo tambien? Contempla, mira dos ambiciones reunidas, la una egoista y san-

grienta, la otra desinteresada y sin mancha; la suya inspirada por el odio, la nuestra por el amor. Mira, señor, juzga y perdona. Perdona, porque fuimos muy criminales en caminar ni un solo dia por la misma senda á que se da un solo nombre en la tierra cualquiera que sea el punto á que conduzca,

José le interrumpió duramente dando una patada.

—Cuando hayais acabado vuestra plegaria, dijo, me direis si quereis ayudarme y os salvaré al instante.

Jamás malvado impuro, jamás dijo Enrique de Effiat, me asociaré á tí ni á un asesinato. Lo he rehusado cuando era poderoso, y cuando se trataba de tí.

—Habeis hecho mal, porque ahora seriais señor.

—Y qué dicha me traia á mi un poder que hubiera dividido con una muger que no me comprendió, que me amó debilmente y que prefirió á mi á una corona. Despues de su abandono no he querido deber la autoridad á la victoria; juzga ahora si la habia de recibir del crímen.

—¡Locura inconcebible! dijo el capuchino riéndose.

Todo con ella, nada sin ella: esta sea mi alma.

--Con que insistió solo por terquedad y orgullo? es imposible, replicó José, no está en la naturaleza.

--Tu que quieres negar el cariño replicó Cinq Mars, no comprendes siquiera el de mi amigo?

--Tampoco existe: ha querido seguiros porque....

Aqui el capuchino un poco apurado, pensó un instante.

--Porqué.... porque os ha formado, sois su obra y le une á vos el amor propio de autor. Estaba acostumbrado á predicaros y conoce que ya no habia de encontrar un alumno tan dócil para escuchar y aplaudir..... La costumbre le ha hecho creer que no podia pasar sin vos.... ó una cosa asi.... os acompaña por rutina. Por otra parte esto no se ha concluido veremos el interrogatorio: él negará seguramente haber sabido la conjuracion.

--No lo negará, esclamó impetuosamente Cinq Mars.

--Con que la sabia decis? dijo José triunfante hasta ahora no la habrian dicho tan claro.

—Cielos! que he hecho! esclamó Cinq Mars, ocultando su cabeza.

—Tranquilizaos, se salva á pesar de esa confesion, si aceptais mi oferta.

D'Effiat estuvo algun tiempo no sin responder.... El capuchino prosiguió;

—Salvad á vuestro amigo, os espera el favor del rey, acaso el amor estraviado un momento.

—Hombre ó lo que quiera que seas, si tienes dentro de tí algo que se parezca á corazon, respondió el prisionero, salvadle: es el ser mas puro de la creacion. Pero haz que lo saquen de aqui mientras duerme, porque despierto no lo conseguirias.

—Y de qué me sirve él? dijo riéndose el capuchino; vos y vuestro favor es lo que necesito.

Levantóse el impetuoso Cinq Mars y cojiendo por un brazo á José á quien miraba con aire terrible.

Yo le humillaba suplicándote por él: ven malvado, dijo levantando un tapiz que separaba el cuarto de su amigo del suyo; ven y duda de la grandeza y de la inmortalidad de las almas.... Compara la inquietud de tu triunfo con la tranquilidad de nuestra derrota; la bajeza de tu rei-

nado con lo sublime de nuestra prision y tus sangrientas vigilias con el sueño del justo.

Una lámpara solitaria alumbraba á Thou, que estaba de rodillas ante un reclinatorio en que habia un crucifijo de évano: parecia haberse quedado dormido rezando: su cabeza echada hácia atras estaba levantada hácia la cruz: sus descoloridos làbios sonreian con una sonrisa tranquila y divina, y su cuerpo debilitado reposaba sobre el tapiz y el cojin del asiento.

-Jesus como duerme, dijo el capuchino admirado, mezclando por olvido á estas horribles espresiones el nombre celestial que pronunciaba por costumbre. Despues se retiró llevándose la mano á los ojos, como deslumbrado por una vision del cielo.

--Brr.... Brr.... sacudiendo la cabeza y pasándose la mano por la cara. Esto es una niñeria. Esto me convertiria si yo creyese que.... Estas ideas pueden ser buenas como el opio para calmar.... pero no se trata de eso; decid si ó no.

--No, dijo Cinq Mar, empujándole hácia la puerta, no quiero la vida y no me arrepiento de haber perdido por segunda vez á de Thou, porque no lo hubiera querido á costa de un ase-

sinato; cuando se entregó en Narbona, no era para volver á Leon.

Despertadle, pues, porque ya están aqui los jueces, dijo con una voz rabiosa y risueña el furioso capuchino.

En efecto ocho jueces vestidos de negro y con largas barbas vinieron á la luz de las antorchas á ponerse en dos filas á derecha é izquierda de la sala: Laubardemont estaba á su cabeza; saludóles, José los colocó con finas reverencias y les habló varias veces al oido; parece que estaba haciendo los honores de una fiesta. Miraba á Laubardemont con aire irónico y feroz y le dijo se acercase al acusado y procediese al interrogatorio. Añadieron que el canciller del parlamento tenia orden de no asistir, por temor de que influyese en él la memoria de su antigua amistad con el preso. El verdadero motivo de su ausencia fué la verguenza de que le enviase el cardenal á juzgar à su bienhechor, Cinq Mars le habia conservado en su empleo, cuando el proceso del Duque de La Valette que le hizo vacilar en la gracia del Rey. Pero Richelieu quiso positivamente que viniese el canciller á Leon para este asunto. Todavia se encuentran en las cartas

del rey las citas que puso en su apoyo, diciendo que Mr. de Marillac estuvo en Nantes en la causa de Chalais: Mr. de Chateaauneuf en Tolosa para la Moutmoreacy, y Mr. Bellievre en París para la de Biron. Este majistrado vino pero no apareció como le notificaban.

Se resolvió que la silla serviria de banquillo y callaron para oir la respuesta del acusado.

Habló con voz dulce y tranquila.

—Decid al señor Canciller que yo pudiera apelar al parlamento de Paris y recusar mis jueces porque entre ellos hay dos enemigos y á su cabeza un amigo mio, Mr. Seguier á quien tambien conservé su empleo.

Pero os aborraré, señores, molestia, reconociéndome reo de toda la conspiracion concebida y ordenada por mi solo. Quiero morir; nada pues diré en mi defensa pero si quereis ser justos dejarais la vida á quel á quien el rey llama el hombre mas honrado de la Francia y que no muere, sino por mí.

—Que lo traigan, dijo Laubardemont.

Entraron dos guardias en el cuarto de Thou y le condujeron ante los jueces.

Entró y saludó gravemente con una sonrisa

angelical en los lábios, y abrazando á Cinq Mars.

—Ya llegó el dia de nuestra gloria dijo, vamos á ganar el cielo y la bienaventuranza eterna.—Sabemos señor, dijo Laubardemont por boca de Mr. Cinq Mars, que habeis sabido la conspiracion.

De Thou respondió al instante sin turbarse simpre con sonrisa y bajos los ojos:

—Señores.

He pasado mi vida estudiando las leyes humanas y sé que el testimonio de un acusado no puede condenar á otro. Pudiera repetir tambien lo que ya he dicho: que no me hubieran creído si hubiese denunciado sin pruebas al hermano del rey. Ya veis pues que mi vida y mi muerte están en mis manos. Sin embargo despues de haber mirado bien á la una y á la otra he visto claramente que cualquiera que fuese la vida que yo volviera á gozar, no podria ser feliz despues de la pérdida de Mr. Cinq Mars: declaro pues y confieso que he sabido su conspiracion y he hecho lo posible para apartarle de ello. Me ha creido su único amigo y no he querido hacerle traicion, esto es lo que á mi me condenan las leyes mismas que redactó mi padre que espero me perdonará.

A estas palabras los dos amigos se dieron recíprocamente los brazos.

Cinq Mars esclamaba:

—Amigo! amigo! te he causado la muerte! Te he vendido dos veces, pero tu sabrás como.

Pero Thou abrazándole, levantando los ojos al cielo, respondia:

—Ah! que dichosos somos en concluir así! ¿qué hemos hecho para merecer la gracia del martirio y la felicidad de morir juntos?

No estaban los jueces preparados á esta resignacion y se miraban con sorpresa.

Ah! si me diesen siquiera una parte sana, dijo una voz enronquecida (la del viejo Grandchamp que se habia escurrido en la sala y cuyos ojos estaban llenos de furor) yo libraría pronto á Monseñor de todos esos hombres negros, decia.

Dos alabarderos vinieron á colocarse á su lado en silencio: calló y para consolarse se puso á una ventana de la parte de la ribera, donde no se veia aun el sol y aparentó no ocuparse de lo que pasaba en la sala.

Entretanto, temiendo Laubardemont que se enterneciesen los jueces, dijo en alta voz: ahora

segun las órdenes del señor cardenal se van á poner estos dos señores en el tormento, es decir á la pregunta ordinaria y estraordinaria.

Cinq-Mars indignado recobró su caracter y cruzando los brazos, dió hácia José y Laubardemont dos pasos que les asustaron. El primero llevó involuntariamente su mano á la cabeza.

—Estamos en Loudun? esclamó el preso. Pero acercándosele Thou le cogió la mano y se la apretó: calló y repuso con tono tranquilo mirando á los jueces:

Señores, de almas como las nuestras no se arrancan secretos haciendo padecer al cuerpo. Nos hemos entregado voluntariamente y á la hora que hemos querido: hoy hemos dicho lo bastante para hacernos morir, ya no sabreis mas, porque conseguimos lo que queremos.

—¿Qué haceis amigo interrumpió de Thou..... Se engaña señores, lejos de rehusar el martirio que Dios nos ofrece, se le pedimos.

—Pero, qué necesitais, decia Cinq-Mars de esos tormentos infames para ganar el cielo? vos martir ya, martir voluntario de la amistad! Señores, yo solo puedo guardar secretos importantes, porque el gefe de una conspiracion es el que

la conoce. Ponedme á mi solo en tormento si nos han de tratar como á los mas viles malhechores.

--Por caridad, señores, replicaba de Thou no me priveis de los mismos dolores que á él no le he seguido tan lejos para abandonarle en tan preciosa hora y no hacer todos mis esfuerzos para acompañarle hasta el cielo. Durante este debate se habia suscitado otro entre Laubardemont y José, temiendo este que el dolor hiciese á Cinq-Mars descubrir el plan que le habia propuesto, no opinaba por el tormento; y el otro lo exijia imperiosamente porque no veia su triunfo completo con la muerte. Los jueces rodeaban y escuchaban aquellos dos ministros secretos del gran ministro; sin embargo habiendo llegado á sospechar por varias cosas que era mas poderoso el crédito del capuchino que el del juez se inclinaban por él, y estuvieron por la humanidad, cuando concluyó con estas palabras:

--Sé sus secretos; no los necesitamos porque son inútiles y suben hasta muy arriba. El señor Mayor no tiene que denunciar mas que al rey y el otro á la reina: vale mas ignorarlo. Por otra parte ellos no hablarian, los conozco,

callarian uno por orgullo y otro por piedad. Dejémosles; el tormento los estropeará; se desfigurarán y no podrán andar; esto perjudicaria á la ceremonia; es preciso conservarlos para cuando aparezcan.

Prevaleció esta última y alta consideracion: los jueces se retiraron para deliberar con el Canciller: al salir dijo José á Laubardemont:

—Bastante diversion os he permitido aquí; ahora vais á tener la de deliberar y tomar declaracion á tres acusados en la torre del Norte.

Eran los tres jueces de Urbano Grandier.

Dijo, riose á carcajadas y salió el último empujando delante de sí al absorto juez de instruccion.

Apenas hubo acabado el tribunal, cuando Grand Champ libre de sus dos centinelas, se arrojó á su amo y cojiéndole la mano le dijo:

—En nombre del cielo venid, señor, al terraplen y os enseñaré una cosa: por vuestra madre venid...

Y en el mismo instante se abrió la puerta al anciano abate Quillet.

—Hijos mios! pobres hijos mios! esclamaba llorando; ah! porque no me han permitido en-

trar hasta hoy! Querido Enrique, vuestra madre, vuestro hermano y hermana están aquí ocultos.....

—Callad, señor abate decia Grand Champ. Venid al terraplen, Monseñor.

Pero el sacerdote detenia entre sus brazos á su educando.

—Confiamos en el indulto.

—No lo admitiria, dijo Cinq-Mars.

—Solo en el de Dios replicó Thou.

—Callad, interrumpió otra vez Grand Champ que vuelven los jueces.

Abrióse otra vez la puerta á la siniestra procesion en que faltaban José y Laubardemont.

—Señores, esclamò el abate dirigiéndose à los comisarios, tengo la dicha de deciros que llegó de Paris y nadie duda del indulto de todos los conjurados. Yo he visto en el cuarto de S. M. al mismo Monsiur y al duque de Bonillon gozando otra vez de su antiguo favor; espero...

—Silencio! dijo un comisario levantando un papel que leyó.

"Considerando la sala delegada. (1)

(1) Véanse los documentos del proceso y relacion de M. de Marca.

1.º Que el que toca la persona de los ministros yde los príncipes, es mirado por las leyes antiguas y *constituciones de los* emperadores como reo de lesa magestad.

2.º Que la ordenanza tercera del piadoso rey Luis XI impone pena de muerte la que no descubra una conspiracion contra el estado.

"Ha votado por la muerte dentro de veinte y cuatro horas.»

Los dos amigos se abrazaron.

--Crueles! dijo el anciano deshecho en llanto; para encontrar armas contra ellos, habeis necesitado buscarlas en el arsenal de los tiranos. Porque me habeis dejado entrar en este momento...

--Como confesor por eleccion del P. José. Agradecédselo, porque dos meses hace que ningun estrangero ha podido entrar aqui, dijo el comisario saliendo con los silenciosos jueces.

Luego se cerró la puerta.

—Al terraplen! en nombre del cielo! volvió á decir Grand Camp y arrastró alli á su amo y á De Thou. El antiguo ayo los seguia cojeando.

—Qué quieres en tan críticos momentos? dijo Cinq-Mars, con una gravedad llena de indulgencia.

—Mirad las cadenas de la ciudad, dijo el fiel criado.

El naciente sol coloraba apenas el cielo. Parecia en el horizonte una línea resplandeciente y amarilla, en que recortaban las montañas su forma de un subido azul. Las corrientes del Saone y las cadenas de la ciudad tendidas de una orilla á otra, estaban todavia envueltas en un ligero vapor que se levantaba tambien de Leon y ocultaba á los ojos los techos de las casas. Los primeros rayos de la luz de la mañana no alumbraban aun los puntos mas altos de aquel magnífico paisage. Los fuegos de la aurora doraban en la ciudad, los campanarios del ayuntamiento y de San Nisier, y en las inmediatas colinas los monasterios del Carmen, de Santa Maria y toda la fortaleza de Pierre-Encise. Se oian los alegres repiques de las iglesias, los maitines de los conventos. Los muros de la prision estaban únicamente en silencio.

—Pero qué tenemos que ver aqui? dijo Cinq-Mars, lo hermoso de la llanura ó la riqueza de las ciudades? la paz de esas aldeas? Ay! amigos mios! En todas esas partes hay tambien pasiones y dolores, como los que nos han traido aqui.

El anciano abate y Grand Champ se inclinaban sobre el parapeto del terraplen para mirar por la parte del rio.

—La niebla es demasiado espesa, no se ve nada todavia, dijo el abate.

—Cuanto tarda en salir nuestro último sol! decia De Thou.

—No veis alli bajo al pie de las rocas, en la otra orilla, una casilla blanca entre la puerta de Halincourt y el baluarte de San Juan? dijo el abate.

—Nada veo, respondió Cinq-Mars, mas que una porcion de paredes grises.

—Esa maldita niebla se aumenta, replicaba Grand Champ, continuando echado para adelante, como un marino que se apoya en la última tabla de una escollera para descubrir una vela en el horizonte.

—Silencio! dijo el abate, hablan cerca de nosotros.

En efecto, un confuso murmullo se oia en una torrecilla á espaldas de la plata-forma del terraplen. Como era poco mayor que un palomar, los prisioneros apenas habian reparado en ella hasta entonces.

—Vienen ya á buscarnos? dijo Cinq-Mars.

—Bah! bah! respondió Grand Champ; no penseis en eso; es la torre de los calabozos.

Dos meses hace que estoy rondando el fuerte y desde allí he visto caer gente al agua lo menos una vez á la semana. Pensemos en lo nuestro; veo una luz en la ventana allí bajo.

Una invencible curiosidad obligó entretanto á los dos presos á echar una mirada á la torrecilla á pesar de su horrorosa situacion. Salia en efecto fuera de la roca sobre una garganta llena de un agua verde y aborbotonada, una especie de manantial inutil que formaba entre las rocas con espantosa profundidad, un brazo estraviado del Saone. Allí se veia girar rápidamente la piedra de un molino abandonado hacia tiempo. Se oyó tres veces un crugido semejante á el de un puente levadizo que se bajára y alzára de repente como por un resorte, pegando contra las paredes, y tres veces se vió caer al agua una cosa negra y hacerla saltar con espuma á una gran altura.

—Misericordia! Serán hombres? esclamó el abate persignándose.

—Se me ha figurado ver hábitos pardos que

daban vuelta en el aire dijo Grand Champ, esos son amigos del cardenal.

Un horrible grito salió de la torre con un juramento impío.

La pesada ventana rechinó por cuarta vez. El agua verde recibió con estrépito un peso que hizo rechinar la enorme rueda del molino, rompióse uno de sus largos radios y un hombre atrancado en los carcomidos maderos, apareció sobre la espuma que teñida de negra sangre, dió dos vueltas gritando y desapareció. Era Laubardemont.

Cinq-Mars retrocedió horrorizado.

--Hay una providencia, dijo Grand Champ: hoy es 19 de agosto y hace tres años qne le emplazó Urbano Grandier. Vamos, vamos que el tiempo es precioso: no esteis ahi parados, sea el ó no; yo no lo estrañaria, porque esos pícaros se devoran á sí mismos como los ratones. Tratemos de quitarles su mejor bocado. Gracias à Dios! veo la señal! nos hemos salvado, todo está pronto. Corred á ese lado señor abate. Ved el pañuelo blanco á la ventana, nuestros amigos están ya dispuestos.

Cogió al punto el abate las manos de ambos amigos y los llevé hácia la parte del terraplen,

donde habian fijado desde un principio sus miradas.

--Escuchadme, les dijo, sabed que ninguno de los conjurados ha querido el retiro que les asegurabais: todos han marchado para Leon disfrazados, han hecho correr bastante oro para no ser vendidos, y quieren intentar un golpe de mano para libertaros. El momento escogido, es cuando os lleven al suplicio. La señal para principiar será poneros el sombrero.

El buen abate medio llorando y medio riendo de esperanza, contó que cuando prendieron á su educando fué corriendo á París; que habia tal secreto en todos los actos del cardenal que nadie sabia donde estaba el caballerizo mayor, muchos le suponian desterrado, y cuando se vió la reconciliacion de *Monsiur* y del duque de Bonillon con el rey, no se dudó que estaria asegurada la vida de los otros y habian cesado de hablar de este asunto que comprometia pocas personas no habiéndose llegado á ejecutar. Hasta cierto punto casi se habian alegrado en París de ver la ciudad de Sedan y su territorio agregado al reino, en cambio de las cartas de abolicion

concedidas á este príncipe, reconocido inocente como *Monsiur*: que el resultado de todos los convenios habia hecho admirar la habilidad del cardenal y su clemencia con los conspiradores, que se decia, habian querido su muerte. Aun corria la voz de que habia hecho se escaparan Cinq-Mars y de Thou, ocupándose generosamenta de su retiro en pais estrangero despues de haberlos hecho prender valerosamente en medio del campo de Perpiñan.

Al llegar á esto no pudo Cinq-Mars, menos de olvidar su resignacion y apretando la mano de su amigo:

—*Prender!* esclamó: habremos de renunciar hasta el honor de habernos entregado voluntariamente! Hemos de sacrificar todo, hasta la opinion de la posteridad!

—Eso es vanidad, replicó De Thou, poniendo el dedo en su boca; pero calla, escuchemos al abate hasta el fin.

No dudando el ayo que la calma de los dos jóvenes nacia de ver asegurada su fuga y viendo que el sol habia disipado apenas los vapores de

la mañana, se entregó sin violencia á aquel placer involuntario que esperimentan los viejos contando sucesos nuevos, aunque hayan de afligir. Les dijo todos sus infructuosos trabajos para saber su paradero, ignorado de la ciudad, donde ni aun se atrevian á pronunciar su nombre en secreto. No habia sabido la prision en Pierre-Encise, sino por la misma reina que se habia dignado hacerle venir, encargándole diese parte á la mariscala de Effiat y á todos los conjurados para que intentasen un esfuerzo desesperado á fin de libertar á su joven gefe; Ana de Austria hasta habia mandado muchos gentiles hombres de Auvernia y de Turena á Leon para que secundasen este último golpe.

—Escelente reina! dijo, lloraba mucho cuando yo la ví y decia que diera por salvaros cuanto posee; se acusaba de haber escrito una carta, no sé que carta seria. Hablaba de la salvacion de la Francia, pero no se esplicaba mas. Me dijo que os admiraba y os pedia que os salvarais aunque no fuera sino por lástima á ella á quien dejariais con remordimientos eternos.

—Nada mas dijo? interrumpió De Thou que sostenia al pálido Cinq-Mars.

—Nada mas, dijo el viejo.... Y nadie os habló de mi? repuso el caballerizo mayor.

—Nadie, dijo el abate.

—Ah! si ella me hubiera escrito...! dijo Enrique á media voz.

—Acordaos padre mio, de que habeis venido aqui como confesor, replicó De Thou.

Entretanto el viejo Grand Champ arrodillado ante Cinq-Mars y tirándole por el vestido hacia la otra parte del terraplen, le gritaba con voz interrumpida.

—Monseñor... mi amo... los veis? alli estan.... ellos son... ellas tambien... todas ellas.

—Pero quién? decia su amo.

—Quién! gran Dios! mirad á esa ventana, no las reconoceis ya? Vuestra madre hermanas y hermano.

En efecto, aclarado el dia vió á lo lejos mugeres que agitaban pañuelos blancos: una de ellas vestida de negro tendia sus brazos hácia la carcel, se apartaba de la ventana como para tomar fuerzas y despues sostenida por las otras se volvia á asomar abriendo los brazos ó poniendo la mano sobre su corazon.

Cinq-Mars reconoció à su madre y familia y

sus fuerzas le abandonaron por un momento: inclinó la cabeza sobre el pecho de su amigo y lloró.

--Cuantas veces tendré que morir todavia, dijo.

--Despues, respondió de lo alto de la torre á su familia por una señal hecha con la mano.

--Bajemos pronto, padre mio respondió al abate: vais á decirme en el tribunal de la penitencia y ante Dios, si el resto de mi vida merece que se derrame sangre para conquistarla.

Todo estaba tranquilo en tanto en la ciudad de Leon, cuando con gran asombro de sus habitantes se vieron llegar por todas las puertas tropas de infantería y caballería que se creian acantonadas lejos de alli. Los guardias franceses y suizos, los regimientos de Pompadour y gendarmes de Manrevert y carabineros de la Roque todos desfilaron en silencio; la caballería con el mosquete apoyado en el arzon de la silla vino á formar silenciosamente al rededor del castillo de Pierre-Encise. La infantería formó en fila sobre las orillas del Saone desde la puerta del fuerte hasta la plaza de Ferreoux, que era el lugar de las ejecuciones.

El nombre de los prisioneros se ignoraba en la

ciudad: los inaccesibles muros de la fortaleza no dejaban salir ni entrar nada por la noche, y los profundos calabozos habian encerrado á veces al padre y al hijo, que á cuatro pies de distancia uno de otro, por muchos años, ni siquiera lo pudieron recelar. Estremada fue la sorpresa que causó este aparato y las gentes corrieron no sabiendo si se trataba de una fiesta ó de un suplicio.

Los conjurados como que les iba en ello la cabeza, habian guardado tan cuidadosamente el secreto como los agentes del ministro.

Montresor Fontrailles, el baron de Beuvan, Oliverio de Entraigues, Gondi, el conde de Lade, el abogado Fournier con el disfraz de soldados, jornaleros ó menestrales con puñales bajo sus vestidos, habian introducido entre la multitud mas de quinientos caballeros y criados disfrazados como ellos. En el camino de Italia habia ya caballos dispuestos, y sobre el Ródano barcos pagados de antemano. El jóven marques de Effiat, hermano mayor de Cinq-Mars, vestido de Cartujo recorria la multitud, iba y venia sin cesar de la plaza de Ferreaux á la casilla donde su madre y hermanas estaban encerradas con la presidenta de Pontac, hermana del desgraciado De

Thou. Las tranquilizaba, les infundia alguna seperanza y volvió á ver los conjurados y á cerciorarse de que todos estaban dispuestos á la accion.

Cada soldado que formaba la linea tenia á su lado un hombre pronto á darle de puñaladas.

El numeroso gentío agrupado tras la linea de los guardias les empujaba, descomponia la formacion y les hacia perder terreno. Ambrosio, criado español que habia conservado Cinq-Mars se habia encargado del capitan de lanceros y disfrazado de músico catalan habia armado una disputa con él, finjiendo no querer dejar de tocar la gaita. Todos estaban en sus puestos.

El abate Gondi. Oliverio d'Entraigues y el marques de Effiat estaban en medio de un grupo de verduleras y vendedoras de ostras que disputaban, dando muchos gritos. Insultaban á una de ellas mas jóven y tímida que sus varoniles compañeras. Acercóse el hermano de Cinq-Mars para escuchar la contienda.

--Y porqué, decia á las otras, quereis que Juan le Roux que es un honrado ha de ir á cortar la cabeza de dos cristianos solo porque es carnicero? No lo permitiré mientras sea su muger; mejor quisiera....

—Pues haces mal, respondian sus compañeras: ¿qué te importa que la carne que él corta se coma ó no? No por eso dejarás de tener cien escudos para hacer un vestido á tus tres hijos. Demasiada suerte tienes en ser muger de un carnicero. No seas tonta, aprovechate de lo que Dios te envia por la gracia de su eminencia.

—Déjame en paz, replicaba la primera. No quiero: he visto esos jóvenes á la ventana y tienen un aire dulce como corderos.

—Y que! no se matan los corderos? replicaba la muger de Bon.

—¡Que horrible es la alegria del pueblo! esclamó impensadamente, Oliverio d'Entraigues.

Oyeronle todas aquellas mugeres y comenzaron á murmurar de él.

Del pueblo ¡decian ¿y de donde es ese albañil lleno de yeso?

—Ah! interrumpió otra ¿no ves que es un caballero disfrazado? mira que blancas tiene las manos, ese nunca ha trabajado.

—Sí, sí, será algun conspirador contra madama: me dan ganas de ir á buscar al gefe de la patrulla para que le prenda.

Conoció todo el riesgo de esta situacion el aba-

te Gondi, y arrojandose con aire colérico sobre Oliverio con todas las trazas de un carpintero, cuyo trage mandil habia tomado y esclamó cogiéndole por el cuello.

--Teneis razon; es un tunante que nunca trabaja: dos años hace que le tomó mi padre de aprendiz y no ha hecho mas que peinarse los buques para agradar á las muchachas. Vamos á casa.

Y dándole con la vara de medir, le hizo hender la multitud y volvió á colocarse en otro punto de la fila. Despues de haber reprendido al atolondrado page le pidió la carta que decia tenia que entregar á Cinq-Mars cuando estuviese libre. Hacia dos meses que la tenia en el bolsillo y se la dió. Es de un preso á otro, dijo porque el caballero de Jars al salir de la Bastilla me la remitió de parte de un compañero suyo de prision.

--Puede que encierre algun secreto importante para nuestro amigo, dijo Gondi, voy á abrirla, bien pudiera haberseos ocurrido.

--Bah! Es del viejo Bassompierre, leamos.

«Mi querido hijo:

«Desde el fondo de la Bastilla donde estoy todavia «sé que quereis conspirar contra el tirano Riche«lieu que no cesa de humillar nuestra antigua no-

«bleza y los parlamentos, minando el edificio en «que reposaba el estado. Sé que se imponen pechos «á los nobles, sugetándolos á jueces inferiores con- «tra los privilejios de su condicion, se les obliga «á ir á la guerra contra las antiguas prácticas....

—Viejo chocho! interrumpió el page riendo á carcajadas.

—No es tanto como vos creeis, sino que está algo atrasado por nuestro asunto....

«No puedo menos de aprobar tan generoso pro- «yecto y os suplico me deis aviso de todo»....

«Yo puedo aconsejaros no obstante mi mucha «edad, contándoos lo que me pasó en 1560. Cuan- «do recuerdo mi comida en casa de la mariscala «de Effiat nuestra madre, y me pregunto que ha «sido de todos los convidados, me aflijo verdade- «ramente; mi pobre Puy Laurent murió en Vin- «cennes de pesar de verse olvidado por Monsiur «en aquella carcel de Launay murió en un desa- «fio lo que sentí mucho, porque aunque no estaba, «yo muy satisfecho en mi prision, él me la hacia «mas llevadera y le tuve siempre por un buen «sugeto. En cuanto á mí, hasta el fin de mi vi- «da voy á estar bajo la llave del señor cardenal, de manera que éramos trece à la mesa, hijo mio

«no hay que burlarse de las antiguas creencias «Dad gracias á Dios porque hasta ahora sois el «solo á quien no le haya sucedido algun revés.»

—Lo ha acertado! dijo Oliverio riendo de todo corazon, y aquella vez no pudo el abate mantenerse sério.

Rompieron la inútil carta, para no alargar mas la prision del pobre mariscal, si la encontraban y se acercaron á la plaza de Ferreaux y la fila de guardias á quien debian atacar, cuando el jóven preso diese la señal con el sombrero.

Vieron con satisfaccion á todos sus amigos en sus puestos y prontos á jugar los cuchillos, segun su propia espresion, agrupándose el pueblo sobre ellos, los favorecia sin querer. Llegaron cerca del abad una porcion de jóvenes vestidas de blanco y con velo; iban á comulgar á la iglesia, creyendo los religiosos que los conducian que toda aquella comitiva era para hacer los honores á algun gran personage, les permitieron subir en unas piedras que estaban detras de los soldados. Alli se agruparon con la gracia de su edad como, veinte hermosas estatuas sobre un pedestal. Se hubiera dicho que eran las vestales que convidaba la antiguedad á los sangrientos espectáculos de los gla-

dladores. Se hablaban al oido, miraban à su alrededor, reian y se sonrojaban como hacen los niños.

Vió con disgusto el abate Gondi que Oliverio iba á olvidar otra vez su papel de conspirador y su trage de albañil, para dirigirles sus miradas y tomar una postura demasiado elegante y modales harto civilizados para la profesion que debian suponerle: comenzaba ya á acercarse á ellas rizando sus cabellos con la mano cuando vinieron afortunadamente. Fontrailles y Montresor con uniformes de soldados suizos: un grupo de nobles difrazados de marineros los seguia con herrados bastones en la mano; pero tenian una palidez en el rostro que nada bueno anunciaba.

Se oyó una marcha tocada por trompetas.

--Quedemonos aqui, dijo uno de ellos á la comitiva, aqui es. El aire sombrío y el silencio de de aquellos espectadores contrastaba singularmente con las miradas curiosas de las jóvenes y sus pueriles ocurrencias.

--Qué hermosa comitiva! esclamaban: hay lo menos 500 hombres con corazas y uniforme encarnado sobre hermosos caballos y llevan plumas amarillas en sus sombreros. (Esos son catalanes, dijo un guardia francés).--A quién acom-

pañan?—Ah! mira que bonita carroza dorada? pero va desocupada.

—Veo tres hombres á pie ¿á donde van?

—A la muerte! dijo Fontrailles con una voz siniestra que hizo callar todas las demas. No se oyó mas que los lentos pasos de los caballos que se detuvieron de repente, por uno de los retrasos que ocurren siempre en las procesiones.

Vióse entonces un espectáculo doloroso. Un anciano con la cabeza rapada caminaba penosamente sollozando, sostenido por dos jóvenes de interesante figura que se daban una mano por detras de su encorbada espalda, asiendo con la otra cada uno un brazo del que iba en medio. Vestido estaba de negro el de la izquierda, grave y con los ojos bajos; el otro mucho mas joven estaba hermosamente adornado: llevaba una especie de coraza de encage, llamada entonces pestillo y anchas mangas bordadas le cubrian desde el cuello á la cintura, vestido muy semejante al corsé de las mugeres: lo demas de su vestido de terciopelo negro bordado con palmas de plata, borceguies grises con espuelas de oro, todo realzaba la gracia de su talle esbelto y ele-

gante. Saludaba con melancólica sonrisa á derecha é izquierda de las filas.

Un criado de bigote y barba blanca le seguia con la frente baja, llevando del diestro dos caballos caparazonados.

Las jóvenes callaban; pero no pudieron contener sus sollozos al mirarlos.

—Ese pobre anciano, dijeron, es sin duda el que llevan á la muerte y le van sosteniendo sus hijos.

—Arrodillaos, dijo una religiosa, y rezad por él.

—Arrodillaos repitió Gondi y pedid que Dios los salve.

Todos los conjurados repitieron de rodillas y dieron ejemplo al pueblo que los imitó silencioso.

—Ahora podemos ver mejor sus movimientos, dijo en voz baja Gondi á Montresos; levantaos; qué haceis?

—Está parado y hablando hácia nuestro lado, saludándonos, creo que nos reconoce.

Reinaba el mas profundo silencio en aquella muchedumbre: se hubiera oido el aletear de un mosquito, el soplo del menor viento é el pa-

so del polvo que levantaba; pero el aire estaba tranquilo, el sol brillante y el cielo azul. Todos escuchaban. Estaban cerca de la plaza de Terreaux: se oyeron los golpes del martillo sobre las tablas y despues la voz de Cinq-Mars.

Un joven cartujo sacó la cabeza por entre dos guardias: todos los conjurados se levantaron y echaron mano à su cintura ó á su pecho estrechando muy de cerca al soldado que habia de herir.

—Qué hace? dijo el cartujo: tiene el sombrero puesto?

—Ahora tira el sombrero lejos de sí, dijo apaciblemente el arcabucero á quien preguntaba.

CAPITULO XXVI.

LA FIESTA.

Arrostrania.... triste y ataviada.
(*Emilio Deschamps. La boda de Elmancia.*)

El dia mismo del siniestro séquito de Leon, y mientras pasaban las escenas qua acabamos de ver, daban en París una magnífica fiesta con todo el lujo y mal gusto de entonces. El poderoso cardenal habia querido dar á la par el espectáculo de sus suntuosidades á las dos primeras ciudades de Francia.

Anuncióse bajo el nombre de apertura del palacio del cardenal, aquella fiesta consagrada al rey y á toda la corte. Dueño por la fuerza del mando supremo, quiso enseñorear tambien los ánimos por medio de la seduccion, y cansa-

do de dominar, esperó cautivar con el agrado La tragedia de *Miramo*, iba á ser representada. en un teatro construido espresamente para tan solemne dia, y esto hizo subir, segun Pelisson, á trescientos mil escudos los gastos de aquella noche.

Toda la guardia del primer ministro (1), estaba sobre las armas; sus cuatro compañias de mosqueteros y de hombres de armas, estaban formadas en hilera sobre las espaciosas escaleras, y á la entrada de las largas galerías del palacio del cardenal (2). Aquel brillante *Pandemonium*, donde los pecados mortales tienen un templo en cada piso, solo estuvo ocupado aquel dia por el orgullo que le llenaba de arriba abajo. En cada

---

(1) El rey le dió al cardenal en 1626 una guardia de doscientos arcabuceros; en 1632 cuatrocientos mosqueteros de á pie; dos compañias de hombres de armas y de caballos ligeros fueron ademas formadas por él en 1638.

(2) Habia dado al rey bajo la restriccion de usufruto durante su vida, este palacio con sus dependencias, como tambien su magnífica capilla de diamantes, su grande aparador de plata cincelada que pesaba tres mil marcos, y su grueso diamante en figura de corazon y de peso mas de veinte quilates: Mr. de Chavigny admitió esta donacion para el rey.

(*Historia del P. José.*)

escalon estaba apostado un arcabucero de la guardia del cardenal, con una tea en la mano, y una larga carabina en la otra; la muchedumbre de sus gentiles hombres, circulaba por entre aquellos candelabros vivos, mientras que en el jardin principal, rodeado de los espesos castaños cuyo lugar ocupan hoy las bóvedas, dos compañias de caballos ligeros montada, y con el mosquete preparado, estaban prontas á la primera órden y al primer temor de su amo.

El cardenal, llevado y seguido por sus treinta y ocho pages, fue á colocarse en su palco colgado de púrpura, situado en frente de aquel en que el rey estaba medio recostado, detras de unas cortinas verdes que le preservaban del reflejo de las luces. Toda la corte estaba apiñada en los palcos, y se alzó de pie luego que se presentó; la música empezó una brillante sinfonía, y se abrió el patio á todos los paisanos y soldados que se presentaron. Tres oleadas de espectadores se precipitaron dentro y le llenaron en un instante; estaban de pie y tan apretados entre sí, que el movimiento de un brazo, bastaba para producir en toda la muchedumbre el contoneo de un campo de espigas. Hombre se vió

cuya calidad describió un círculo bastante grande, como si fuera un compàs y sin que sus pies dejasen el sitio que ocupaban, habiendo tenido ademas que llevarse algunas personas desmayadas. El ministro sacó contra su costumbre la cabeza fuera de su tribuna, y saludó á la concurrencia con un aire que queria ser gracioso. Su ademan solo obtuvo respuesta en los palcos; el patio se mantuvo silencioso. Richelieu habia querido dar á entender que no temia que recayese el fallo público sobre su obra, y habia permitido que entrasen indistintamente todos cuantos se presentasen. Comenzaba á arrepentirse ya, pero era tarde. Efectivamente, aquel imparcial concurso estaba tan frio como la *tragedia pastoral* que se representaba: en vano las *pastoras* del teatro, cubiertas de pedreria, alzadas sobre talones encarnados, y llevando con la punta de los dedos cayados adornados de cintas y sostoniendo guirnaldas de flores sobre sus ropas levantadas por los tontillos, se morian de amor en largas relaciones compuestas de doscientos languidos versos; en vano los *amantes perfectos* (porque este era el bello ideal de entonces), se dejaban morir de hambre en una solitaria

cueva, y lamentaban enfáticamente su muerte, atando sus cabellos con cintas del color favorito de su hermosa; en vano las mugeres de la corte daban voces de éstasis, inclinadas sobre la barandilla de sus palcos y aun figuraban ternísimos desmayos. El taciturno patio no daba mas señal de vida que el perpetuo balanceo de las cabezas negras y de los cabellos negros. El cardenal se mordia los labios y hacia el distraido durante el primero y segundo acto; el silencio con que trascurrieron en el tercero y el cuarto, hizo tal mella en su paternal corazon, que mandó le medio levantasen sobre el palco, y en aquella incómoda y ridícula postura, hacia señas á sus amigos los cortesanos, para que notasen los pasajes mejores, y daba la señal de aplaudir; respondiánle en algunos palcos, pero el impasible patio se mantenia mas silencioso que nunca; dejaba trascurrir la escena entre el teatro y las regiones de arriba y se obstinaba en mantenerse neutral. El señor de la Europa y de la Francia, lanzando entonces una mirada de fuego á aquella pequeña reunion de hombres que se atrevian á no admirar su obra, sintió dentro de su pecho el deseo de Neron, y pensó

un instante en lo feliz que hubiera sido si allí no hubiese mas que una sola cabeza.

De repente se animó aquella masa negra é inmovil y prorrumpió en un torrente interminable de aplausos con gran sorpresa de los palcos y especialmente del ministro. Inclinóse saludando con reconocimiento, pero se detuvo al notar que los palmoteos interrumpian á los actores siempre que querian proseguir. El rey mandó abrir las cortinas de su palco, cerradas hasta entonces, para ver lo que causaba tanto entusiasmo; toda la corte se asomó fuera de las barandillas. Vióse entonces entre la turba de espectadores, sentado sobre el proscenio, á un jóven humildemente vestido que acababa de colocarse allí con dificultad. Parecia muy confuso y procuraba taparse con su capita negra que no le alcanzaba desgraciadamente. El Cid! el Cid! gritó el patio sin dejar de aplaudir. Corneille se escondió entre bastidores, y todos volvieron al silencio.

Fuera de sí el cardenal mandó cerrar las cortinas de su palco, é hizo que le condujesen á sus galerias.

Allí tuvo lugar otra escena preparada con

mucha anticipacion por la solicitud de José, el cual habia amaestrado sobre este punto á las personas de su comitiva, antes de salir de París. Mazarino esclamó que era mas breve sacar á su eminencia por una larga ventana de vidrieras que solo alzaba dos pies del suelo y conducia derechamente del palco á las habitaciones, y habiéndola mandado abrir, los pages metieron por ella el sillon en que iba el cardenal. Levantaronse al punto cien voces para decir y proclamar el cumplimiento de la profecia de Nostra damus. Decianse á media voz: el *gorro encarnado es* Monseñor; *cuarenta onzas*, era Cinq-Mars; todo *se acabará*, aludia á Thou: qué feliz milagro! Su eminencia mandaba en lo futuro tanto como en lo presente.

Adelantábase asi sobre su ambulante trapo por largas y resplandecientes galerias escuchando el dulce murmullo de una lisonja nueva; pero insensible á las voces que divinazaban su genio, hubiera dado todas sus espresiones por una sola palabra, por un solo gesto de aquel público inmovil é inflexible, aun cuando aquella palabra hubiese sido un grito de odio; porque los clamores se ahogan; pero ¿qué venganza

puede tomarse del silencio? A un pueblo se le impide que hiera pero ¿quién le estorbará que aguarde? Perseguido por el fantasma inoportuno de la opinion pública, el sombrío ministro no se creyó en seguridad hasta que hubo llegado á lo interior de su trémula y aduladora corte, cuyas adoraciones le hicieron olvidar en breve que unos cuantos hombres se habian atrevido á no admirarle. Hizose colocar como un rey en medio de sus vastas habitaciones, y mirando en derredor suyo, púsose á contar atentamente los hombres poderosos y humildes que le rodeaban: contólos y quedó admirado. Los gefes de todas las primeras familias, los príncipes de la iglesia, los presidentes de todos los parlamentos, los gobernadores de las provincias, los mariscales y los generales en gefe de los ejércitos, el nuncio, los embajadores de todos los reinos, los diputados y senadores de las repúblicas estaban inmoviles, humildes y formados en derredor de su persona, como aguardando sus órdenes. No habia mirada que se atreviese á sostener la suya; ni voz que osase alzar contra su voz, ni proyecto que pudiese concebir en el parage mas recóndito del corazon, ni pensamiento que de él

no procediese. La Europa escuchaba unida por medio de sus representantes. De vez en cuando levantaba una voz imperiosa y arrojaba una palabra de satisfaccion en medio de aquel pomposo círculo, como se arroja una moneda entre una turba de pobres. Podiase entonces conocer en el orgullo que respiraban sus miradas y en la jovialidad de su continente, cual de los príncipes acababa de merecer su favor; este se encontraba hasta trasformado en otro hombre, y parecia haber dado repentinamente un paso en la gerarquía de los poderes: tan inesperadas eran las adoraciones, y tan sábias las caricias que rodeaban al dichoso cortesano, cuyo obscuro favor no echaba de ver siquiera el cardenal. El hermano del rey y el duque de Bonillon estaban de pie entre la muchedumbre de que no se dignó sacarlos el ministro; solo se dejó decir que seria bueno desmantelar algunas plazas fuertes, habló largo rato de la necesidad del empedrado y de los pretiles en las calles de París y dijo en dos palabras á Turena que podria serse le mandase al ejército de Italia, cerca del príncipe Tomas; para que ganase el baston de mariscal.

Mientras que Richelieu resolvia asi con sus poderosas manos las mayores y menores cosas de Europa, dentro de su magnífico palacio, en medio de una estrepitosa fiesta, avisaban á la reina en el Louvre que era llegada la hora de ir al cuarto del cardenal donde la esperaba el rey despues de la tragedia. La severa Ana de Austriano asistia á ningun espectáculo, pero no habia podido reusar el convite del primer ministro. Estaba en su oratorio dispuesta á salir, y cubierta de perlas, su aderezo favorito; de pie y en frente de un gran espejo con María de Mantau complacíase en dar por sí misma la última mano al peinado de la jóven duquesa, que vestida con un trage de color de rosa, se miraba tambien con atencion, pero con algun enfado y el semblante mohino.

La reina contemplaba en María su propia obra, y cual turbada que ella, pensaba con inquietud en el momento en que cesaria aquella efimera tranquilidad, á pesar del profundo conocimiento que tenia del caracter sensible, pero liviano de María. Desde la conservacion de San German, desde la fatal carta, no se habia apartedo un solo momento de la joven princesa

y habia puesto todo el cuidado en dirigir su ánimo por la senda que se propuso desde un principio; porque el rasgo mas notable del caracter de Ana de Austria, era una obstinacion invencible en sus cálculos, á los cuales hubiee querido someter todas las pasiones con una exactitud geométrica; y seguramente deben atribuirse á este ánimo positivo é invariable todos los infortunios de su regencia. La reina era sin embargo buena, se habia arrepentido amargamente de su precipitacion en escribir palabras tan decisivas y cuyas consecuencias habían sido tan graves, y todos sus esfuerzos se habian encaminado á estenuar sus efectos. Al considerar su accion relativamente à la felicidad de la Francia, se agregaba la de haber sofocado así repentinamente el germen de una guerra civil que hubiese conmovido el estado hasta sus cimientos; pero cuando se acercaba á su joven amiga y contemplaba aquella preciosa criatura que mataba en flor y á quien un anciano coronado no compensaria la pérdida que acababa de hacer para siempre; cuando pensaba en la humilde sumision, en la abnegacion completa de sí mismo, que acababa de ver en un joven de

veinte y dos años, de un caracter tan firme, y casi dueño del reino, compadecia á Maria y admiraba interiormente al hombre á quien habia juzgado tan mal.

Hubiera querido á lo menos dar á entender todo su valor á aquella á quien tanto habia amado y que lo ignoraba; pero esperaba todadavia que reunidos todos los conjurados en Leon lograsen salvarla, y luego supiese que estaba ya en pais estrangero, podria decírselo entonces todo á su querida maria.

Tocante á esta última, al principio habia recelado de la guerra, pero rodeada por gente de la reina que no habia dejado llegar á sus oidos mas que las noticias dictadas por esta princesa, habia sabido ó creido saber que la conjuracion no habia tenido efecto; que el rey y el cardenal habian vuelto primeramente casi juntos á París; que *Monsiur*, desterrado por algun tiempo, habia vuelto á presentarse en la corte; que el duque de Bouillon habia obtenido tambien su perdon, mediante la cesion de Sedan, y que si el caballerizo mayor no se presentaba todavia, la causa era el mayor odio que el cardenal le profesaba y la mucha parte que tenia en la conjuracion.

Pero el simple sentido comun y el natural instinto de la justicia decian sobradamente que, no habiendo obrado sino en virtud de las órdenes del hermano del rey, su perdon debia seguir al de este príncipe. Todo habia, pues, tranquilizado la primera inquietud de su corazon, al paso que nada habia endulzado una especie de resentimiento orgulloso que tenia contra Cinq-Mars, el cual era bastante indiferente para no comunicarle el lugar de su retiro, ignorado de la misma reina y de toda la corte, mientras que ella, decia, sola habia estado pensando en él. Ademas, los bailes y las diversiones se sucedian hacia dos meses con tal rapidez, eran tantos los deberes *imperiosos* que tenia que cumplir, que apenas le quedaba para entristecerse y llorar el tiempo que consagraba á su tocador, donde estaba casi sola. Verdad es que empezaba todas las noches á hacer reflexiones generales sobre la ingratitud é inconstancia de los hombres, pensamiento nuevo y profundo, que no deja nunca de ocupar la imaginacion de una muchacha en la edad de su primer amor, pero el sueño no la permitia nunca acabarlas, y el cansancio del baile cerraba sus grandes ojos negros, antes de que sus ideas hubiesen tenido tiempo de clasificarse en su memoria y de

presentarle imágenes muy claras de lo pasado. Desde que despertaba se encontraba rodeada de las jóvenes princesas de la corte, y apenas se llegaba á poner en estado de presentarse, se veia obligada á pasar al cuarto de la reina, donde la esperaban los eternos, pero ya menos desagradables obsequios del príncipe Palatino. Los polacos habian tenido tiempo de aprender en la corte de Francia aquella circunspeccion misteriosa, aquel silencio elocuente de que tanto las mugeres gustan, porque aumentan la importancia de los arcanos, siempre encubiertos y realzan á los séres que merecen bastante respeto para no atreverse á padecer siquiera en presencia suya. María pasaba como otorgada ya al rey Wladislao; y ella misma, menester es confesarlo, se habia acostumbrado tanto á esta idea, que le hubiera parecido una monstruosidad que otra ocupase el trono de Polonia: no veia con placer el momento en que subiría á él, pero tomaba, no obstante, posesion de los homenages que anticipadamente le tributaban. Así qúe, sin declarárselo á sí propia, exageraba estraordinariamente las pretendidas culpas de Cinq-Mars que la reina le habia descubierto en San German.

--Estais tan fresca como las rosas de este ra-

millete, dijo la reina: vamos, querida niña, ¿estais dispuesta? Qué gestecillo es ese? Venid, que os cierren ese pendiente....

—No os gustan los topacios? Quereis otro aderezo?

—Oh! no señora; creo que no debería engalanarme, porque nadie mas que vos sabe lo desgraciada que soy. Los hombres son cruelísimos con nosotras.

Todavia estoy reflexionando en todo lo que me habeis dicho, y veo ahora las cosas con claridad. *Sí*, es cierto, muy cierto que no me amaba, porque al cabo, si me hubiese querido, habria renunciado primero á una empresa que me causaba tanto sentimiento, como yo se lo dije: acuérdome todavia, lo cual es mucho mas decisivo, añadió con aire de importancia y de solemnidad, que le dije que sería rebelde, si señora, *rebelde*, se lo dije en San Eustaquio. Pero veo que V. M. tenia mucha razon; tenia mas ambicion que amor: soy muy desgraciada. Aqui saltó de sus ojos una lágrima de despecho, y rodó sola y velozmente por su mejilla como una perla por una rosa.

Si, es muy cierto.... continuó atándose los brazaletes; y la mayor prueba es que despues de

dos meses que hace renunció à su empresa (como vos me habeis dicho que le habiais hecho escaparse) bien hubiera podido escribirme donde está retirado. Y yo, durante todo este tiempo, lloraba é imploraba vuestra intercesion en favor suyo; mendigaba una palabra que me manifestase alguno de sus hechos; no pensaba mas que en él, y ahora tadavia estoy rehusando diariamente el trono de Polonia, porque quiero probar hasta lo último que soy constante, que vos misma no podeis quebrantar mi aficion, mucho mas formal que la suya, y que nosotras valemos mas que los hombres; pero creo á lo menos que esta noche puedo ir muy bien á esa fiesta, supuesto que no es un baile.

—Sí, sí, querida niña, venid corriendo, dijo la reina, que deseaba poner término á aquel lenguage infantil, de cuya equivocada ingenuidad ella tenia la culpa; venid y vereis la union que reina entre los príncipes y el cardenal, y acaso sabremos buenas noticias.

Y se marcharon.

Cuando las dos princesas entraron en las largas galerias del palacio del cardenal, fueron recibidas y saludadas con frialdad por el rey y el ministro que, rodeados y estrechados de una

turba de silenciosos cortesanos, jugaban al ajedrez sobre una baja y estrecha mesa. Todas las mugeres que entraron con la reina ó despues de ella, se desparramaron por las habitaciones, y á poco se oyó una dulcísima música en una de las salas, formando el acompañamiento de las mil conversaciones particulares que se trabaron en derredor de las mesas de juego. Cerca de la reina pasaron saludando dos jóvenes recien casados, el feliz Chabot y la hermosa duquesa de Rohan: parecian huir de la gente y buscar solos el momento de hablarse de sí mismo. Todos los recibian sonriéndose, y los miraban con envidia: su felicidad no se leia menos en sus rostros, que en los de los demas.

María los siguió con los ojos: son dichosos á pesar de todo, dijo á la reina acordándose de las tachas que les habian querido ponerles.

Pero Ana de Austria, sin responderle y temiendo que una palabra imprudente, descubriese á su jóven amiga algun acontecimiento funesto, se colocó con ella á la espalda del rey. En breve *Monsiur*, el príncipe Palatino y el duque de Bouillon, acudieron á hablarle con semblante franco y jovial. Sin embargo, el segundo echando á María una mirada severa y

maligna, le dijo: señorita duquesa, estais esta noche de una hermosura y alegría sorprendentes.

Quedó cortada al oir estas palabras, y mas al verle alejarse con gesto sombrío; habló al duque de Orleans, que no respondió é hizo como que no oía. María miró á la reina, y creyó notar la palidez y desasosiego de su rostro. Nadie se atrevia sin embargo á acercarse al ministro que meditaba con lentitud sus jugadas; solo Mazarino, apoyado en el brazo de su sillon y siguiendo el juego con atento servilismo, prorumpia en esclamaciones de admiracion siempre que jugaba el cardenal. La distraccion pareció que disipaba por un instante la frente del ministro: acababa de adelantar una *torre* que ponia al *rey* de Luis XIII en la triste situacion en que este monarca de madera, sin verse atacado personalmente, no puede sin embargo retroceder ni adelantarse en ningun sentido. El cardenal alzando los ojos, miró á su contrario, y se puso á sonreir con un labio solamente, no pudiendo menos tal vez de hacer interiormente alguna comparacion.

Viendo luego los ojos apagados y la figura moribunda del príncipe, se inclinó al oido de Mazarino y le dijo:

—Creo, á fé mia, que se irá antes que yo; está muy demudado.

Asaltóle al mismo tiempo una larga y violenta tos de cuyo dolor agudo y perseverante se resentia con frecuencia. A este siniestro anuncio se llevó á la boca el pañuelo que sacò lleno de sangre; pero para ocultarlo, le echó debajo de la mesa, y se sonrió, mirando con severidad en derredor suyo, como para vedar el temor.

Luis XIII, enteramente insensible, no hizo el mas leve movimiento, y arregló sus peones para otra partida, con trémula y descarnada mano. Aquellos dos moribundos parecian echar á la suerte su hora postrera.

En aquel momento un reloj dió las doce. El rey levantó la cabeza:

—Ja! ja! ja! esta mañana, á la misma hora, habrá pasado un mal rato el Mayor.

Oyóse detrás de él un grito penetrante; se estremeció y echó al otro lado derribando el tablero. Maria de Mantua estaba desmayada en los brazos de la reina; está llorando amargamente, le dijo al rey al oido:

—Ay, señor! teneis un hacha de dos filos.

Y en seguida empezó á llenar de caricias y besos maternales á la joven princesa que, ro-

deada de todas las mugeres de la corte que no volvió de su desmayo sino para derramar torrentes de lágrimas. Luego que abrió los ojos, le dijo Ana de Austria.

—Si, hija mia, sí; ya sois reina de Polonia.

CONCLUSION.

Con frecuencia ha sucedido que el mismo acontecimiento que hacia correr lágrimas en el palacio de los reyes ha esparcido fuera la alegría; porque el pueblo cree siempre que el gozo es inseparable de las fiestas. Hubo dias de regocijos por la vuelta del ministro, y todas las tardes acudian los habitantes de Paris bajo las ventanas del palacio del cardenal y del Louvre, los últimos motines los habian, por decirlo asi, aficionado á los movimientos públicos. Corrian de una calle á otra con una curiosidad á veces insultante y hostil, ya desfilando en procesiones silenciosas, ya prorrumpiendo en largas carcajadas de risas ó en silvidos prolongados, cuyo sentido se ignoraba. Los jóvenes se pegaban en cuadrillas por las encrucijadas, ó bailaban á la redonda sobre las plazas públicas como para manifestar alguna esperanza ignorada de pla-

cer y cierto gozo insensato que estrechaba el corazon. Era notable que reinaba justamente el mas triste silencio en los parages que las órdenes del ministro habian preparado para los regocijos, y que todos pasaban con desden por delante de las fachadas iluminadas de su palacio. Si se alzaban algunas voces, era para leer y releer sin cesar y con ironía las leyendas é inscripciones con que la idiota adulacion de algunos escritores oscuros habia engalanado retratos del ministro. Uno de ellos estaba custodiado por varios arcabuceros que no los resguardaban de las piedras que le tiraban de lejos ignoradas manos. Representaba al cardenal generalísimo con un carro rodeado de laureles (1) y debajo se leia:

"Justa la Francia te deifica, duque,
Y á un nuevo Marte en tí París saluda."

Estas lindezas no convencian al pueblo de que era feliz, y efectivamente lo mismo saludaba al cardenal que al dios Marte, pero admitia las fiestas en calidad de desorden. Todo París estaba alborotado, y varios hombres barbudos, llevando en la mano teas, jarros de vino, y

(1) Este grabado todavia existe.

vasos de estaño que hacian resonar con mucho estrépito, marchaban agarrados del brazo y entonaban juntos con voces ásperas y toscas una antigua cancion de la Liga.

Prosiga la música
Comience la danza
Que viene el buen tiempo
Y los reyes pasan.

Las terribles hordas que ahullaban estas palabras atravesaron los pretiles y el puente nuevo, estrujando contra las elevadas casas que le cubrian entonces á algunos paisanos pacíficos atraidos por la curiosidad. Dos jóvenes embozados en sus capas dieron el uno contra el otro y se conocieron al resplandor de una tea colocada al pie de la estatua de Enrique IV, nuevamente construida y cerca de la cual se hallaban á la sazon.

—Cómo! todavia estais en Paris? dijo Corneille á Milton, yo os creia en Londres.

—Oís señor, á ese pueblo? ¿lo oís? que terrible estribillo!

—Y los reyes pasarán?».

—Pues todavia no es nada eso, poner atencion en lo que hablan.

—El parlamento ha muerto, decia uno de

aquellos hombres, los señores han perecido; bailemos y seamos los amos; el cardenal viejo se nos va, y ya no queda nadie mas que nosotros y el rey.

—¿Oís á ese miserable, señor? repuso Corneille; todo está allí, toda nuestra época se halla comprendida en esa palabra.

—Cómo pues! ¿Es esa la obra del ministro que se llama grande entre los franceses y aun entre los demas pueblos? Yo no comprendo á ese hombre.

—Yo os le relevaré ahora mismo, repuso Corneille; pero antes escuchad el fin de esta carta que he recibido hoy. Acerquémonos á esta luz debajo de la estatua del rey. Estamos solos, la turba ha pasado, y escuchad:

..... Por una de las imprevisiones que frustran la realizacion de las mas generosas empresas, no hemos podido salvar á los señores Cinq-Mars y Thou. Debimos haber previsto que, preparados á morir con largas meditaciones, rehusarian nuestro auxilio; pero esta idea no se le ocurrió á ninguno de nosotros. En la precipitacion con que tomamos nuestras medidas, cometimos tambien la falta de diseminarnos demasiado por entre la gente, lo cual nos impidió to-

mar una resolucion repentina. Yo estaba colocado, para mi desgracia, cerca del cadalso, y ví adelantarse hasta su pie á nuestros desgraciados amigos que iban sosteniendo al pobre abate Quillet, cuya suerte fue ver morir al mismo discipulo á quien habia visto nacer. Estaba solozando y no tenia fuerza mas que para besar las manos de los dos amigos. Nos adelantamos todos dispuestos á arrojarnos sobre las guardias á la señal convenida; pero ví con dolor que M. de Cinq-Mars tiró á lo lejos su sombrero con aire desdeñoso. Habíase advertido nuestro movimiento, y doblaron la guardia catalana en derredor del patíbulo. Yo no podia ver ya nada, pero oia llorar á todos; á poco se apareció por encima de las cabezas del pueblo el jóven y gallardo Cinq-Mars, de pie sobre las tablas, al lado del verdugo; saludó con gracia á la concurrencia, y se arrodiyó! Ví las dos manos del viejo abate que levantaban temblando un crucifijo ante sus ojos; de repente, una voz clara y sonora como la de un ángel, entonó el *Ave maria Stella*, repetido por el pueblo, y reconocí la voz de M. de Thou que estaba esperando al pie del cadalso; ví levantarse un hacha, aparté la cabeza y caí de rodillas. Un grito espantoso del pueblo me advir-

tió que ya no existia.... Tuve todavia la fuerza felizmente, de pensar en su alma y empezar una oracion por ella, mezclandola con la que oia pronunciar en voz alta al piadoso Thou. Me levanté, y le ví lanzarse al cadalso. Estrechando apasionadamente contra su pecho un crucifijo de marfil, subió los escalones como si su alma llevase su cuerpo hácia el cielo; arrodillándose despues, besó la sangre de Cinq-Mars, como la de un mártir, y lo llegó á ser él en mayor grado todavía. Ignoro si Dios quiso concederle esta gracia; pero ví con horror que el verdugo, asustado sin duda, del primer golpe que habia descargado, le dió sobre la coronilla á la que llevó la mano el desgraciado jóven; el pueblo arrojó un largo gemido y se adelantó gritando contra el verdugo; este miserable turbado completamente le descargó un segundo golpe que tampoco hizo mas que desollarle y derribarle sobre el tablado donde el sicario se abrazó á su víctima para rematarla. Entonces ya no se vió mas, y los gritos del pueblo fueron espantosos. Un suceso singular le tenia mas amedrantado aun que aquel espectàculo horrible. El anciano criado de Cinq-Mars tenia de la rienda á su caballo como en un entierro; habíase detenido al pie del cadalso,

y, semejante á un hombre petrificado, miró á su mo hasta lo último, y luego, repentinamente, como herido de la misma hacha, cayó muerto tras del golpe que acababa de derribar su cabeza.

«Os escribo apresuradamente los tristes pormenores á bordo de una galera genovesa á que nos hemos retirado Fontrailles, Gondi, Entraigues, Beauvau, Dalude, y todos los coniurados Vamos á Inglaterra á esperar que el tiempo haya libertado á la Francia del tirano que no hemos podido derribar. Abandono para siempre el servicio del villano príncipe que nos ha vendido. «*Montresor*».

Tal acaba de ser, prosiguió Corneille, el fin de esos dos jóvenes que antes visteis tan poderosos. Su último suspiro ha sido el de la antigua monarquia, ya no puede haber corte en adelante; los grandes y los senados estan destruidos (1).

--Y es ese el pretendido hombre grande? repuso Milton. ¿Qué es lo que ha querido pues hacer? Quiere crear repúblicas en lo venidero, cuando destruye los cimientos de vuestra monarquia?

--No vayais tan lejos, dijo Corneille; no has

(1) Llamábase *senado* al parlemento. Existen cartas dirijidas á *Monseñor de Harlay*, príncipe del senado de Paris, y primer juez del reino.

querido sino reinar hasta el fin de su vida. Ha trabajado para lo presente, y no para el porvenir, ha continuado la obra de Luis XI.

El inglés se echó á reir.

--Yo creia, dijo, que era otro el camino del verdadero genio. Ese hombre ha trastornado lo que debia sostener, y le admiran! Compadezco á vuestra nacion.

--No la compadezcais, exclamó con viveza Corneille; un hombre pasa, pero un pueblo se renueva. El nuestro, señor, está dotado de un vigor inmortal que nadie puede apagar: su imaginacion le estraviará muchas veces, pero una *inteligencia superior acabará siempre domeñando* sus desórdenes, que acaso la darán á luz.

Los dos jóvenes y ya grandes hombres, se paseaban al hablar asi sobre el terreno que separa la estatua de Enrique IV de la plaza de la Delfina, en cuya mitad se detuvieron un momento.

--Si, señor, prosiguió Corneille, todas las noches veo la rapidez con que resuena en los pechos franceses un pensamiento generoso, y todas ellas, me retiro contento de haberlo visto. El reconocimiento prosterna á los pobres ante esa estatua de un buen rey; ¿quién sabe cual será el momento que levante otra pasion

al lado de ese? ¿Quién sabe hasta donde conducirá á nuestro pueblo el amor de la gloria? ¿quién sabe si en el lugar mismo en que estamos, se alzará una pirámide arrancada del Oriente?

--Esos son los misterios del porvenir, dijo Milton: admiro como vos, á ese pueblo de pasiones, pero tiemblo por él. Tambien le comprendo mal, y no reconozco su espíritu, cuando le veo prodigar su admiracion á hombres de la especie del que os gobierna. El amor del poder es muy pueril, y ese hombre está devorado por él sin tener la fuerza de arrebatarle por entero. Ria causa que sea un tirano sometido á un señor. Ese coloso, continuamente sin equilibrio, ha estado para ser derribado por el dedo de un niño. ¿Es esto genio? No, no, cuando se digna descender de sus elevadas regiones por una pasion humana, debiera á lo menos invadirla de lleno. Supuesto que, Richelieu no queria mas que el poder ¿por qué no se ha posesionado de él completamente? Voy á ver á un hombre que todavia no ha aparecido, y á quien creo dominado de esa mezquina ambicion, pero me parece que irá mas lejos. Este hombre se llama Cromwell.

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO TOMO.